

IMPRIMIR

**DIALOGOS
SOBRE EL MANDO**

ANDRE MAUROIS

Título del original francés:
DIALOGUES SUR LE COMMANDEMENT

**Espacio
Disponibile**

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyrigh www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

primer diálogo

En París a veinte de abril de mil novecientos veintitrés en casa de Mr. R...

**Hay dos clases de causas:
Una necesaria, otra divina.
PLATÓN.**

EL TENIENTE llama a la puerta del filósofo, que acude a abrir.

EL FILÓSOFO: (*Jovialmente*). -¡Ah! Aquí tenemos al Conquistador.

EL TENIENTE: El Conquistador, mi querido maestro, llega de Marruecos, que otros conquistaron, muy extrañado de verse en el país de los cristianos... He venido en avión y el cambio es brusco.

EL FILÓSOFO: (*Haciéndole entrar*). Sus visitas son raras y preciosas. Desde que la guerra, arrancándonos de las clases de St. Louis, hizo del alumno un oficial, y del maestro un soldado, apenas le veo... y, sin embargo, en el instante en que ha llamado, pensaba en usted.

EL TENIENTE: Eso mismo hubiera podido decirle más de una vez, si hubiese ido a sorprenderme en mi Campamento. A menudo, por la noche, escojo uno de sus libros, me tumbo en una esterilla, junto a mi perro, y me pongo a argumentar contra usted. Al correr del tiempo, aunque no comparto sus ideas, admiro sobre todo su carácter, que en definitiva es lo que importa. ¿Por qué pensaba usted en mí ?

EL FILÓSOFO: (*Sentándose cerca del fuego, mientras que el oficial, de pie, se apoya en la chimenea*). Pues, también era un libro lo que

me hacía desear su presencia. El autor habla en él de cosas del Ejército, y en particular del Mando, con mucho escepticismo. Usted sabe que he sido soldado durante esta guerra. El humorismo obtenido a costa de los Jefes me ha divertido. Me agrada el Kutusow de Tolstoi, que se duerme durante los Consejos y logra la victoria gracias a su inmovilidad; me gusta igualmente, el Joffre que pinta Pierrefeu y su maciza inercia. Pero desconfío de mi juicio cuando se halla influido por sus pasiones. Deseando en el fondo del corazón que mi autor hubiera tenido razón, me preguntaba aquella noche: "¿Qué dirá el Conquistador? ¿No encontraría él los argumentos debidos?", y yo mismo los buscaba. Pero ya estáis aquí; ya puedo renunciar a esta "conversación de los lóbulos de mi cerebro" y convertirme sin escrúpulos en el abogado del diablo.

EL TENIENTE: (*Sentándose en frente del filósofo*): ¿Qué dice el diablo?

EL FILÓSOFO: Dice que en la guerra el azar es quien manda; que el Jefe propone, y los acontecimientos disponen. Enseña que los planes mejor formados fracasan por cualquier accidente imprevisto, el cual hace alcanzar el éxito a los más absurdos. Dice que el genio militar es una idea de la gente civil atemorizada y que las reglas de la estrategia se encuentran al alcance de cualquier cerebro infantil. Dice, asimismo, que es una extraña locura el querer que un gran General sea al mismo tiempo un espíritu selecto. ¿Se puede hallar oficio más sencillo? No hay más que cuatro soluciones: Quedarse en su sitio, batirse en retirada, romper el centro enemigo, o envolver el ala. Pero la terminología militar oculta hábilmente esta pobreza. Leía a veces, durante la guerra, los artículos de un estratega "Sea una línea X Y, escribía, y un ejército A de un lado de ella y B del otro. Cuando se tiene conocimiento de estos problemas se ve que los dos ejércitos, para lograr encontrarse, han de atravesar dicha línea". No conozco nada más militar que esta tajante precisión en el enunciado de verdades primarias. Ante evidencia tan autorizada la opinión civil se cuadra.

EL TENIENTE: (*Sonriendo*). ¿No cree usted que cualquier arte, no solo militar, parecería bajo este aspecto pueril si se pretendiera condenarle en fórmulas? Me toma desprevenido y sería necesario reflexionar sobre ello; pero ¿cuántas situaciones elementales puede tratar

un novelista? ¿Quizá una docena? ¿Qué es Madame Bovary? La historia de una mujer adúltera. ¿Y Ana Karenina? La historia de una mujer adúltera. ¿Qué es Tanneberg? Una batalla de Cannas. ¿Y la de Weygand en Polonia? Una batalla del Marne. Pero Tanneberg es tan diferente del Marne como Madame Bovary de Ana Karenina. "Arte elemental y el resto ejecución", ha dicho Napoleón. Pero, ¿no es lo mismo en todas las artes? ¿Qué puede contener un tratado de pintura? Frases sobre los pigmentos coloreados extendidos sobre una superficie plana ¿Vale esto más que un tratado sobre ofensiva? Es el pintor quien hace el cuadro, como el general el que hace la batalla.

¿Ha leído usted los *Thibault*? En ellos encontrará el relato de una operación realizada de pronto por un cirujano innato. Emplea objetos corrientes Una plancha, unas tijeras de modista, pinzas, una lámpara de petróleo; pero la hace; tiene éxito en unas condiciones en que los demás hubieran vacilado o fracasado. Eso es todo. Hay hombres que hacen las cosas y las llevan a término, hombres que por donde quiera que van siempre les acompaña el orden, la claridad, el éxito; hay quien, en cambio, no lleva consigo más que desgracias. Nada más contrario a la idea del azar. Este proporcionará éxitos y fracasos, lo mismo a un general que a otro. Pero César ha ganado cincuenta batallas.

EL FILÓSOFO: Habría que mirar eso muy de cerca. César cuenta lo que quiere. Es probable que en la propia Roma, más de un centurión descontento dijera: "¿César? Un hombre con suerte. Le he visto en el Rubicón y estaba nervioso, y en cuanto a las Galias, fueron Labienus y los simples legionarios quienes lo hicieron todo."

EL TENIENTE: A esto responderé una vez más con palabras del Emperador: "No es el ejército romano, sino César, quien conquistó las Galias", y trataré de probárselo ahora mismo. ¿Pero por qué buscar ejemplos lejanos? ¿No hemos conocido todos durante esta guerra jefes que tenían éxitos y otros que tenían mala sombra?

Había coroneles que conseguían siempre sus objetivos y otros que jamás los lograron.

Hombres como Pétain, Mangin, Fayolle, se han destacado porque, en igualdad de condiciones, obtuvieron mejores resultados que los demás.

Pétain, en el 14, era coronel, y Fayolle general de brigada en la Reserva. No fue la casualidad que les sacó de la oscuridad para ponerlos en primera fila. Ni tampoco el favoritismo. Al contrario, Pétain tenía mal carácter y su franqueza ofendía muchas veces. Solamente cuando el peligro aprieta, la vanidad cede, y se busca al hombre rudo, pero eficaz. Contemple la carrera de Gallieni. Va al Senegal y triunfa. Le envían a Tonkin y vence. En Madagascar hay revolución, allí le mandan y pacifica la isla. ¿Efecto de la casualidad? Convenga entonces conmigo que también por casualidad Newton resolvió todos sus problemas.

¿Quiere un ejemplo concreto de lo que puede conseguir la acción de un hombre? Considere el caso Weygand en Polonia. Los rusos triunfan por completo, Varsovia se halla amenazada; el corredor de Dantzig va a ser cortado. Llega Weygand. Ocho días después la situación está restablecida y los rusos en plena retirada. ¿También casualidad? No, pues se puede seguir el mecanismo de tal liberación. Es cierto que su autor diría que este mecanismo es sencillo. La solución Weygand es clásica: fijar el frente enemigo, constituir una masa de maniobra y atacar de flanco. Pero en la guerra, concebir es poco; ejecutar es todo. Weygand ha concebido y ejecutado con bastante rapidez para alcanzar al enemigo antes que fuese demasiado tarde. Por otra parte, su llegada a Polonia no ha creado recursos nuevos. El material no faltaba, como tampoco los hombres ni el valor. Faltaba un Jefe. Faltaba Weygand. "No fue el ejército romano, sino César quien conquistó las Galias"

EL FILÓSOFO: Pero mi querido Militar, ¿por qué signos misteriosos, mediante qué virtudes particulares reconoce usted que un hombre es un Jefe? ¿Es el éxito sólo el que decide? ¿Es Weygand quien hace la victoria, o la victoria la que hace a Weygand? Considere usted a su vez el caso de Wellington. Hasta el día de su muerte ha sido para los ingleses el prototipo de Jefe, la mascota nacional, el fetiche de hierro, como lo fue más tarde Hindenburg. Suponga que hubiese sido vencido en Waterlloo. ¿Qué no se habría dicho de sus malhadadas disposiciones, de su terquedad, de su negligencia? ¿Por qué, habrían escrito las descontentas gentes civiles, separarse de Blucher? ¿Un niño podría haber previsto la derrota de éste! ¡Y el baile dado la víspera de la batalla! ¿Hubo alguna vez ejemplo más bello del descuido de un Gran

Cuartel General? Pero Wellington resultó vencedor y el historiador canta su genio. ¿No haría mejor en alabar su suerte?

EL TENIENTE: No creo en manera alguna que sólo el éxito, y sobre todo, un éxito, haga conocer a un Jefe. La prueba está en que Waterlío no influye para nada en mi admiración por Napoleón, genio militar. Es una grave falta política de Napoleón como Jefe de Estado (quien, ¡ay!, cometió más de una), pero la calidad de su maniobra queda intacta. El mejor jugador puede perder una partida. El mejor general puede perder una batalla. Hay obstáculos imprevistos contra los cuales el ataque más preparado se estrellará. Pero el verdadero Jefe se muestra en la derrota tan admirable como en la victoria. Aníbal no lo es tanto como en los últimos años en Italia, donde vencido pero invencible, se enfrenta con los romanos, continuamente reforzados. ¿Y Chanzy, batido, febril, sublime, manteniendo alrededor suyo un grupo pequeño de leales que no deponen las armas? El archiduque Carlos frente a Napoleón es un admirable vencido ¡Y Guillermo de Orange contra Luxemburgo, y Von Kluck delante de Joffre con el cambio en una noche de todas sus órdenes de marcha! No, ciertamente, no es sólo la victoria la que da a conocer a un Jefe, pero lo que sostengo y sostendré siempre, a pesar de usted y de su diablo, es que en las mismas circunstancias y con las mismas cartas en la mano, un gran soldado vencerá donde otro habría fracasado.

EL FILÓSOFO: Pero, ¿no ve usted que eso también es difícil de probar? Cuando dos generales se enfrentan es preciso que uno de los dos salga victorioso. Entre los dos, ¿ha de ser uno de ellos un genio? Eso parece un poco sorprendente. El caso Pompeyo no hay que olvidarlo. Hasta la llegada de César va de triunfo en triunfo; subyuga Italia, España, los gladiadores y Dios sabe cuántas cosas más. Aparece César, y Pompeyo, como dice el inteligente Amyot, "parece realmente una persona sorprendida o embrutecida". Mas si César no hubiese existido, Pompeyo habría sido el gran Pompeyo. Acaso pueda ser que algunas existencias se vean favorecidas durante su existencia por el Destino, como sucede en la ruleta, en que sale quince veces seguidas el rojo.

EL TENIENTE: La idea misma del Destino es la que encuentro absurda y falsa. He vivido entre mahometanos y su fatalismo me ha curado el mío. Siento cierta timidez al exponer delante de usted ideas filosóficas; pero han sido sus lecciones las que me han hecho pensar un poco. Será indulgente... Le confesaré, pues, que habiendo reflexionado en mi alcazaba sobre estos problemas, me ha parecido que el determinismo materialista, forma moderna del Destino, no es una verdad tan evidente como había creído. Sin duda, las Leyes científicas son ciertas y en el interior de un sistema cerrado se puede prever lo que va a pasar; pero aplicar este principio al conjunto del Universo, admitir que lo que ocurrirá mañana está determinado desde hoy, es sobrepasar en mucho los resultados de la experiencia. Incluso es decidir contra ella, puesto que la voluntad humana constituye también un hecho de la experiencia. El porvenir no está escrito en el presente. Un espíritu perfecto que conociera todos los datos de una batalla, efectivos, número de cañones, transportes, estado del tiempo, no podría, sin embargo, prever el resultado. Es preciso, pues, no representarse a los hombres de acción, como si avanzasen en medio de paisajes desconocidos, sino más bien como inclinados al borde de un oscuro abismo, donde se mueven las formas vagas y todavía inconsistentes del porvenir, formas que le corresponden esculpir si es que verdaderamente quieren.

Pero toda esta metafísica de soldado le debe parecer muy ridícula.

EL FILÓSOFO: Al contrario, podría enumerarle los metafísicos de oficio que le han precedido en estos caminos. Pero cualquier idea que se vuelve a encontrar es nueva y siento impaciencia por verle continuar, porque le preparo un contraataque, que va a caer sobre su flanco.

EL TENIENTE: Dejo mi flanco al descubierto. Esta guerra permite la temeridad. Creo que la primera diferencia entre el gran hombre y el hombre corriente es que el primero conoce su potencia y sabe que puede inventar el porvenir. Ante ese abismo oscuro de que hablamos bosqueja el plan de lo que será, y tiende las pasarelas y reúne los materiales. Es el arquitecto de su vida y de la de los demás.

EL FILÓSOFO: (*En voz baja*). O de su muerte.

EL TENIENTE: (*Tras un instante de reflexión, resueltamente*). O de su muerte. "Vivo siempre dos años por delante", dijo Napoleón, y también "Los hombres son lo que uno quiere que sean". Cuanto más precisa sea la imagen del porvenir que se forme el Jefe, más posibilidades tendrá de que se convierta en realidad. Cuando un gran escritor sabe perfectamente lo que quiere hacer, su libro está hecho. Cuando un gran hombre de acción concibe de manera perfecta su objetivo y los medios que empleará para alcanzarlo, casi se puede decir que lo ha alcanzado. Nuestras ideas pueden concretarse en hechos. Además, en un mundo civilizado, casi todos los hechos son ideas solidificadas. Ese coche que pasa es una idea que rueda. La victoria ha sido una idea de Foch, antes de ser una victoria real. Naturalmente esto es tan cierto en el orden militar como en el orden político, o en el económico. El mundo de mañana espera el héroe que sabrá modelarle. Si un gran hombre imaginase claramente lo que debía ser la Europa de la postguerra, esta Europa estaría hecha. De igual modo lo sería si este gran hombre tuviera también carácter.

EL FILÓSOFO: Hay algo exacto en lo que dice, y me agrada esta imagen del hombre de acción inclinado sobre el borde del tiempo y proyectando en ese abismo oscuro las creaciones de su voluntad. Pero en situación análoga a la del viejo maestro de esgrima le veo descubierto y, sin embargo, no quiero tocarle. ¿Cree en verdad que basta con la voluntad de construir? Al principio de la guerra, sus Saint-Cyriens de guante blanco *querían* marchar contra las ametralladoras alemanas, y no pudieron. En 1918 Ludendorf quería romper el frente de la Champagne, pero el mundo exterior resistió tan bien, que Ludendorf tuvo que detenerse. Si el porvenir no se halla completamente determinado, tampoco está enteramente vacío. Puede recibir formas, pero no todas. El ingeniero que construye un puerto no puede escoger libremente el plan. Debe tener en cuenta el terreno, la fuerza de las mareas, los capitales ofrecidos. Todas estas condiciones marcan una serie de fronteras alrededor de la acción, que, por sus limitaciones, por encerrarla en una zona bastante estrecha, zona de forma dispartada, paso exiguo de la voluntad a través de las necesidades. El dueño de la obra queda libre de la elección, es cierto; pero siempre en el interior de esta zona, que llamaremos, si quiere, *el territorio de lo imposible*.

El espíritu que no es capaz de imponer al juego de su pensamiento estos límites invisibles y sagrados, me parece impropio de crear un

Jefe. Nuestro plan de ofensiva en 1917 hacía caso omiso de los posibles.

EL TENIENTE: ¿Sabe usted que ése fue el parecer de Lyautey? "Mire, le dije al coronel Remonard, que se lo traía del G. C. G., mire, amigo, éste es un plan para el ejército de la Gran Duquesa de Gérostein".

EL FILÓSOFO: Era un plan sin cuerpo, sin materia, sin contacto con la tierra. Todo en él, como en un mal libro, iba demasiado bien. Siempre me ha gustado mucho una frase muy aguda de Saint Evremon sobre Catilina: "Espíritu demasiado amplio para fijarse en planes proporcionados a los medios de lograrlos". Por el contrario, un Pétain, al tomar el mando, empieza por circunscribir el territorio. "Será imposible hacer nada -dijo- antes de tener los tanques y los americanos".

EL TENIENTE: Es evidente que si la República de San Marino declarase la guerra a Italia, la voluntad de vencer de sus Jefes no podría darle la victoria. Por eso dije antes: cuanto más *precisa* sea la imagen que el Jefe forme del porvenir, tanto más probabilidades tendrá de convertirla en realidad. Querer no es solamente decir que se quiere, sino representarse con fuerza el modo conforme al cual se obrará. Así es como quiere un gran General. Los combatientes tienen una idea sencilla e injusta del trabajo del Estado Mayor. Un plan bien estudiado protege al territorio de probables contingencias, tanto como le es posible al espíritu humano. Lea el libro del Comandante Laure. En él verá cómo Pétain anotaba en 1918, al margen de un proyecto de ofensiva, a su parecer demasiado vago: "Sunt verba et voces, praeterea que nihil". Si es menester que le confíe más secretos, le diré que los Estados Mayores del final de la guerra pecaban más por exceso de precisión que por defecto. No me gustan los ataques reglamentados como actuaciones de coros de conjunto. Creo, personalmente, que en muchos casos la audacia triunfa incluso sobre la casualidad. Mi experiencia... (*El filósofo sonrío*).

EL TENIENTE: (*Algo molesto*) Mi experiencia me dice que en toda batalla, en cualquier negocio, existe una ocasión, a veces muy fugaz, de ser vencedor. Usted habla de la ofensiva del 17; pero, ¿se acuerda de los ataques de la Champagne en septiembre del 15? Se han considerado como una derrota. En realidad, mi compañía y un regimiento

de zuavos rompimos el frente. Estábamos a la izquierda de la loma de Tahure y teníamos como objetivo Vouziers. Habíamos ocupado la primera línea sin combatir. Para atacar la segunda estábamos protegidos por un repliegue del terreno que ocupamos sin grandes pérdidas, y así teníamos la suerte de no encontrarnos en campo raso. Todavía las organizaciones no eran demasiado profundas. Delante de nosotros algunos Fritz (alemanes) se salvaban y las baterías enganchaban tan de prisa como podían. Se dio muerte a los caballos y se hizo fuego sobre los artilleros, y a poco, allí no quedaba nadie.

La carretera de Vouziers permanecía abierta, por allí se lanzó en columna de a cuatro el Regimiento de zuavos. Yo no veía el resto, pero me habían dado como objetivo Vouziers. Apreté el paso después de enviar un enlace a mi coronel. Hicimos así diez kilómetros sin disparar un tiro. Pero a poco comenzamos a sentirnos inquietos, y de repente, unos coraceros llegan a galope y nos preguntan: "¿Qué hacéis aquí? Estáis solos. Es necesario que volváis o seréis copados". Parece ser que las líneas se habían cerrado detrás de nosotros.

EL FILÓSOFO: ¿Y cómo salieron de allí?

EL TENIENTE: Los jinetes se portaron muy bien. Cargaron, les seguimos. Hubo jaleo; pero pasamos... Pero aquí es donde quería llegar. Si un mando bien informado y atento a cualquier posibilidad de éxito hubiera conocido este incidente local, la victoria habría sido posible. En lugar de atacar de frente la loma Tahure, lo que se intentó inútilmente toda la jornada, no habría hecho falta más que lanzar las reservas por la brecha abierta, abatirse sobre la derecha y Tahure hubiera caído.

EL FILÓSOFO: Lo cual habría dado como resultado el crear una bolsa más, porque la victoria en aquel momento no entraba en el terreno de lo posible.

EL TENIENTE: ¿Quién sabe? Aquel día sólo se trataba de Tahure. Lo cual no es más que un ejemplo, y quizá malo. Pero el *instante crítico* existe siempre. En Verdún hubo durante varios días una brecha abierta entre Mont-Homme y Cumières, de la que no supieron aprovecharse los alemanes. ¿Ha leído usted las memorias de Liman von Sanders sobre su mando en los Dardanelos? Son muy curiosas. Se ve en ellas

que si el General Hamilton hubiera insistido en sus ataques un cuarto de hora más, los turcos y los alemanes hubieran abandonado la partida. "No tenía -dice Liman von Sanders- ni un solo hombre de reserva, ni podía disparar un solo cañonazo". De lo cual deduzco que el General Hamilton ha podido ser prudente, sabio y jefe, de acuerdo siempre con su parecer; pero que cometió el más grande de los errores al no ser temerario. Sus pérdidas fueron inmensas, pero inútiles. También deduzco que en la defensa no debe existir para el soldado límite a la tenacidad. Liman von Sanders tenía todas las razones para desesperarse. Y, sin embargo, tenía razón para resistir. Jamás se está vencido. Si no quedan medios, siempre queda el milagro, la epidemia en el enemigo, el temblor de tierra, la Providencia. Josué paró el sol: era un verdadero militar.

Considere la toma de Lieja por Ludendorf: es un buen ejemplo de audacia. ¿No la recuerda? Avanzó solo con su brigada durante la noche a través de los fuertes intactos y se presentó a retaguardia de ellos ante las puertas de la ciudad. Era una temeridad. Hay casos en los cuales la prudencia más justificada hace perder las batallas a los generales. Usted citaba Waterlloo. Allí Napoleón no quiere dejar nada al azar. No ataca el monte Saint-Jean por la mañana, porque el suelo estaba demasiado mojado para la artillería. Tiene razón: pero eso le sirve para poder llegar a Blucher y cuesta la victoria al Emperador. A usted que le gustan los proverbios: "Quien nada arriesga nada tiene".

EL FILÓSOFO: "Quien quiere ir lejos cuida su montura". Los caballos resbalan terriblemente en aquel camino hondo de Ohain, si no me equivoco. Pero sobre esta cuestión de la audacia le diría varias cosas, soldado, *Primero*, es evidente que en la guerra como en los *negocios* y en la política, es necesario arriesgarse. Desde que existe un adversario hay lucha, choque de voluntades y duda sobre las intenciones del enemigo. Son *juegos*, es decir, modos de actividad en los cuales es preciso decidir cuando todavía se ignoran ciertos datos. *Segundo*; pero estos juegos son del tipo del bridge y no de la ruleta; es decir, que si se ignoran determinados datos, se conoce gran número de otros. La parte de prudencia, de razonamiento, de ciencia, es considerable. Su Josué me inquieta un poco. El saber que no se puede parar el sol me parece que, por el contrario, debe formar parte del equipo intelectual de un Jefe. *Tercero*; la dosis de audacia y de prudencia debe variar mucho con las circunstancias. En ciertos casos desesperados, sí, es necesario

arriesgarlo todo, como el cirujano ensaya una sutura del corazón. Pero Pétain en 1917 tiene razón al ser prudente, porque posee la promesa de un constante acrecentamiento de fuerzas. *Cuarto*; su imagen del hombre al borde del abismo del tiempo, imagen que nos ha sido útil, deja aquí de ser completamente exacta, porque el tiempo es como un abismo desconocido delante de nosotros, un abismo al que descendemos.

Su gran hombre de acción, general, político, industrial, se halla ante un cuadro que se desarrolla con movimiento continuo revelando nuevos datos a cada instante.

La parte del cuadro que ha sido desenvuelta no puede ser negada. Es, ha sido. El gran hombre se reconoce, según yo creo, en que la acepta en seguida y la incorpora a su pensamiento a cada instante, se *adapta a la nueva realidad creada* por las nuevas revelaciones. Jamás pierde su tiempo y sus fuerzas en vanas especulaciones sobre lo que hubiera podido ser. El porvenir es la obra del héroe, según usted ha demostrado ahora; pero el pasado se le escapa, y el presente es su trinchera de arranque. No la critica, no maldice a los zapadores que hubieran podido cavar más profundamente, la examina y hace de ella materia de su pensamiento. El mediocre se obstina en un sistema. Ahora bien: ningún sistema es bueno durante mucho tiempo. Acuértese de la marcha de las cosas durante esta guerra. Se reconoce que el ataque no es posible sino después de la destrucción de las defensas por una larga preparación artillera. Se da uno cuenta de que la preparación suprime la sorpresa y que sin sorpresa el éxito es sólo parcial. De ahí el nuevo sistema ofensivo: corta preparación con proyectiles tóxicos.

La respuesta se produce pronto: evacuación de las primeras líneas. En cuanto un sistema es antiguo hay que tener el valor de abandonarlo. Inclinado al borde de la franja del tiempo es como yo también veo al gran hombre, pero siguiendo la forma de este contorno, modelado por los hechos al mismo tiempo que él los modela conociendo su libertad, es cierto, pero no olvidando su esclavitud. Volvamos si usted quiere a Wellington. Cuando le preguntaban cómo había vencido en España a los invencibles mariscales: "Voy a decírselo -respondía-: sus planes de campaña eran como soberbias cinchas. Esto es muy bonito, e incluso cómodo, hasta que ceden, y entonces todo está perdido. Mis planes están hechos con cabos de cuerda: si uno de ellos se rompe, hago un nudo, espoleo a mi caballo y continúo". Y la mañana de Wa-

terlío, habiéndole preguntado su lugarteniente qué pensaba hacer, el Duque dijo con calma: "¿Quién atacará mañana, yo o Bonaparte?". "Bonaparte -dijo el otro-. "Pues bien -continuó el Duque-, Bonaparte no me ha comunicado ninguno de sus proyectos, y como mis planes dependen de los suyos, ¿Cómo quiere que le diga cuáles serán?".

EL TENIENTE: Con perdón de Wellington, esa actitud me parece débil. ¿Por qué habrá de ser Bonaparte quien atacará mañana? ¿Por qué no el mismo Wellington? Confieso que no comprendo muy bien. Estar presto a renunciar a un plan si las circunstancias lo hacen imposible, reconocer el obstáculo infranqueable cuando uno se encuentra con él, aceptar ser parado, frenar a tiempo, todo eso es necesario, excelente, y así lo admito. Porque, igual que usted, mi querido maestro, tampoco soy un loco, ¿no cree? Pero hay un gran peligro en predicar esta doctrina, y es que el débil se detendrá delante de una topera y se felicitará por su prudencia. En la batalla (y en todas las cosas), los obstáculos no faltan jamás. Habrá siempre mil contratiempos, resistencias imprevistas, fracasos locales, subordinados desgraciados. El jefe debe conservar un sentido exacto de las proporciones y reducir las cosas a su justo término.

Durante Tannenberg un telefonazo anunció a Ludendorf que su segundo cuerpo huía. Era el fracaso de la maniobra. Pero él, sin cambiar una orden, sin descorazonar a su subordinado, hizo revisar el informe. Era falso. En 1918 nadie más que Foch hubiera terminado la guerra en noviembre. Pasada ella, la derrota de los alemanes parecía evidente para los profanos; no lo era para los ejecutantes. El personal se hallaba en el límite de sus fuerzas, el material estaba agotado. Ocho días antes del armisticio he visto un Regimiento de Artillería tan desmoralizado, que del coronel hasta el último artillero nadie creía en la victoria. Decían: "Estamos perdidos; de cada dos cañones no funciona más que uno, no tenemos municiones, ni transportes; cuando un camión cae en un foso, los hombres lo dejan allí por desgana..." Muchos generales imploraban un descanso para sus divisiones, para sus cuerpos de ejército. Si Foch hubiese escuchado la décima parte de lo que se decía entonces, habría parado la lucha y la guerra hubiese durado todo el invierno. Pero se hallaba decidido y enrabiado, ¡a Dios gracias! Como aquel Rey de Inglaterra decía de Wolfe: "Si está rabioso espero que morderá a mis otros generales. Lo necesitan". En el Yser todo el mun-

do menos Foch juzgaba la situación como desesperada. El no, porque tenía esperanza: es necesario que un general no se descorazone de prisa. La victoria puede depender de la resistencia de sus nervios. La guerra no es una operación matemática tal que pueda decir: "Si el resultado es negativo la batalla está perdida". Es la lucha de una masa enorme de fuerzas físicas y morales cuya suma varía sin cesar. El territorio de posibilidades es una superficie elástica que el jefe extiende o reduce mediante su paciencia o su debilidad: "La voluntad del jefe es el punto clave". Es preciso que el exceso de sentido crítico no haga vacilar este fuego director. Y lo que es cierto en la acción guerrera, lo es también en la acción pacífica. ¿Quién ha originado las guerras más crueles? ¿Los hombres enérgicos, firmes, audaces? Nada de eso. Lo más corriente es que sea un ministro suave, acogedor, pero que por su propia dulzura da al vecino osado la impresión de que puede atreverse a todo. Inglaterra durante los últimos cien años ha tenido dos ministros nacionalistas: Palmerston y Disraeli, ¿son culpables de las grandes guerras? No. Palmerston, abandonado a sí mismo, asustaba a Europa, sin perturbarla nunca. Pero el excelente Lord Aberdeen, lleno de afecto hacia los rusos, terminó por declararles aquella guerra absurda de Crimea, y el suave y sabio Sir Edward Grey hizo posible con sus vacilaciones la guerra de 1914. ¿Ha observado alguna vez a los conductores de coches en las encrucijadas? Delante del conductor de voluntad firme, que se ha fijado una dirección y se mantiene en ella, los otros se apartan prudentemente, y aquí la vacilación es cien veces más peligrosa que la audacia.

EL FILÓSOFO: Quizá. Aunque no es preciso llegar a romperse el cráneo por orgullo, si se encuentra uno con un segundo conductor de voluntad igualmente firme Su teoría de la guerra desencadenada por el pacifista me parece más brillante que verdadera. ¿Eran, sin duda, Napoleón y Bismarck tiernos soñadores? Oyéndoles se creería que el *chantage* tiene siempre éxito: Sazonof y Berchtold han probado lo contrario. El buen tirador de esgrima, antes de un asalto, no se dice solamente "Quiero vencer", sino que se informa con cuidado sobre el juego del adversario. Y si es posible, va a verle tirar. Si desconoce la persona que se le opone, observa prudentemente en un principio y antes de emplearse trata de adivinar. ¿No desearía usted las mismas preocupaciones en un general, en un hombre de Estado? ¿El conocimiento del carácter, de las costumbres, de las doctrinas del adver-

sario, no le es acaso indispensable? Continuamente debería pensar: "Este hombre, siendo lo que es, ¿qué va a hacer?". Por una constante meditación sobre el funcionamiento del cerebro motriz, puede llegar a conocerle tan bien, que hasta prevea sus decisiones. A mí me gustaría que la búsqueda del pensamiento enemigo tomase una forma casi teatral. Se podría encargar a ciertos oficiales de Estado Mayor que representaran al enemigo entre nosotros. En tiempos de paz debería haber en el Quai d'Orsay un secretario cuyo papel sería remedar al "hombre de la calle" inglés. Otro sería el alemán, un tercero el italiano. Se ensayaría sobre ellos el efecto de las notas antes de hacer las experiencias verdaderas.

EL TENIENTE: Los militares, mi querido maestro, se han adelantado a sus deseos. Cuando von Hutier, vencedor de Riga, llegó al frente de San Quintín, el general Pétain hizo redactar una orden sobre los métodos del nuevo adversario, y la transmitió a los cuerpos que se le enfrentaban. En 1918, en el Consejo de Guerra interaliado, había una "sección alemana" que ignoraba los proyectos aliados y cuya misión era pensar como el enemigo. Al frente de ella se hallaba un inglés de la antigua nobleza sajona, con la esperanza de que su propia sangre le haría razonar como Ludendorf. Me han dicho que los planes por él establecidos diferían poco de los planes verdaderos de los alemanes.

EL FILÓSOFO: He ahí un buen tanto para los militares.

EL TENIENTE: *(Lentamente, porque reflexiona mientras habla y acepta con pesar ciertas ideas. Pero se anima y las expone)*. Todo eso es una cuestión de medida. Si analizo de manera más exacta el método del conductor perfecto, encuentro que conduce de prisa y derecho, pero que también su cuerpo, en tensión constante y como ligado a su máquina, está pronto a parar y evitar. Rígido y flexible a la vez, como una buena hoja de espada. Un gran carácter es, quizá, una maravillosa mezcla de osadía y modestia, un milagroso equilibrio estable entre cualidades opuestas. Es necesario en él la voluntad; es preciso también la moderación. No hay duda que parece difícil que tal mezcla sea posible, pero de hecho existe en el gran soldado, y por existir tal mezcla en él, llega a ser un gran soldado. A eso se debe que, al ser tan rara esta mezcla, los grandes hombres sean poco comunes. "Cuando habléis de mí -decía Lyautey- no digáis jamás «o», decid «y»; no di-

gáis "es fuerte «o» débil"; decid "es fuerte «y» débil". Hay muchos hombres inteligentes, muchos audaces y muchos prudentes; pero hay pocos hombres completos. Lea la vida de Turena. Era, a la vez, el más audaz y el más modesto de los hombres "Tenía el aspecto -dice su biógrafo- de haber llegado a ser extraño a sí mismo, de tal manera era imparcial con respecto a sus ideas..."

EL FILÓSOFO: (*Repitiendo con mucha satisfacción*). Imparcial con respecto a sus ideas... He ahí una excelente fórmula.

EL TENIENTE: El Emperador, tan audaz en la maniobra, antes de una batalla trataba de asegurarse todos los triunfos, pesaba las fuerzas del adversario, y si las disminuía algunas veces en beneficio de sus soldados, a fin de no asustarles demasiado, jamás se formaba una falsa idea, como hacen siempre los mediocres. Solamente cuando había empleado todos los recursos de su espíritu en la cuidadosa preparación de una campaña, se negaba a dudar del éxito. Foch, de quien ya le he señalado el entusiasmo, enseñaba la más prudente doctrina de guerra. Un día le pidieron que diera una conferencia de estrategia a unos oficiales extranjeros. La conclusión de la misma fue una de sus frases de brevedad pascaliana: "Señores... el loro..., animal sublime". En efecto, la conducta del loro era a sus ojos la imagen del jefe en la batalla. Cogido con sus dos patas al barrote inferior de su jaula, el loro busca con el pico el barrote superior. Cuando lo ha encontrado se agarra de él, después, con un movimiento atrevido, lleva una pata a la altura del pico. Pero la otra queda sólidamente agarrada hasta que la nueva posición le parece suficientemente segura. Tan sólo entonces avanza su segunda pata, y a continuación el pico busca el barrote siguiente... "El loro, animal sublime".

EL FILÓSOFO: Animal sublime, en verdad, pero perdone mi franqueza, soldado, ese pájaro tenaz y prudente me parece que representa mejor el sentir civil y comercial que el pensamiento militar. El poder militar, absoluto, brutal, no me parece hecho para desarrollar las cualidades que me ha gustado oírle alabar, y que son la modestia, el juicio cuidadoso y la libertad de espíritu. El militar es, casi necesariamente, adulator en los grados inferiores, y tirano en los elevados. Si usted mismo y algunos otros escapan a esta ley por virtudes particulares, eso no debe cegarle. Un amigo mío cuenta la historieta de un capitán

enloquecido: "Me dan órdenes contrarias -decía- y los dos son comandantes. ¿Cuál tiene razón? Hacía falta saber, respondió mi amigo, cuál de los dos era el más antiguo". El consejo se consideró como muy bueno: era la solución. La costumbre de ser obedecido sin discusión, tras una simple comparación de categorías, debe engendrar el desprecio por los hechos. Jerjes mandaba pegar al mar; más de un estratega ha debido desear encarcelar la tormenta. Y cuando el acontecimiento era humano, pérdidas excesivas, desgaste de la tropa, el hecho era, ¡ay!, el que cedía.

EL TENIENTE: No crea que su anécdota me llena de confusión. Sí, el más antiguo tiene razón. Es necesario una norma para decidir rápidamente. Esta es sencilla, y por lo tanto, excelente, como es natural, y prudente que el Príncipe suceda al Rey en el trono. Veo con claridad que el peligro que me indica es real: lo es, sobre todo para las naturalezas vulgares, sean militares o civiles. Aborrezco tanto como usted a la burocracia jerarquizada, al siniestro viejo cubierto de oro, para quien la muerte no es más que una columna en un estado numérico. Si estos hombres han existido, son monstruos. Los hay entre nosotros, como entre ustedes. Pero, juzgar a todos los grandes soldados igual que aquéllos, sería como si, al encontrarse con algún escritorzuelo sin talento y sin carácter, usted afirmase que todos los grandes novelistas son envidiosos, mezquinos y susceptibles.

En tiempo de paz la vulgaridad puede triunfar en el Ejército como en otras partes. Si no ha tenido la suerte de ir a las colonias, el militar es, entonces, un paisano, político, cortesano, lo que usted quiera. El hombre de carácter, disgustado, se aparta y espera. Nuestros generales más ineptos eran generales políticos escogidos por políticos, dirigidos por ellos. En el 70, Bazaine era un general impuesto por la política. Pero en la guerra el carácter hace su aparición. Al cortesano, agradable a la Corte, se le envía a sus tierras del Limousin. El hombre que surge entonces no es ni un adulador ni un tirano. Un poco antes de 1914, el coronel Pétain mandaba, durante unas maniobras, el Bando Azul, y fue vencedor. El general director reunió a los oficiales para la crítica y ordenó al vencido que expusiese sus planes. Cuando éste terminó, dijo: "Pues, amigo mío, su caso es claro: usted ha sido vencido porque había comenzado la jornada con una idea preconcebida". Y expuso largamente por qué es preciso ir a la batalla con el espíritu virgen. A continuación se volvió hacia el coronel Pétain, y le dijo

sonriendo: "Y usted, Pétain, ¿cuáles eran sus disposiciones?". El coronel Pétain comenzó diciendo: "Mi general, yo tenía una idea preconcebida..."

EL FILÓSOFO: (*Encantado*). Su Pétain me gusta.

EL TENIENTE: Sabía que le gustaría. En el fondo, mi querido maestro, usted ha nacido militar.

EL FILÓSOFO: Soy francés, amigo mío, y civil. Mis antepasados, como los suyos, han tenido entronques guerreros. Me encanta andar tras los tambores y clarines. La vista de sus grandes jefes macizos y caprichosos llena de satisfacción al aficionado a los cuadros que hay en mí. Sin embargo, lucho por conservar libre mi espíritu, y los hombres cubiertos de colores vivos, llevando en sus brazos galones de oro que les dan fuerza dialéctica, me inspiran una gran inquietud. Odio la guerra porque me hace su esclavo, mucho más que a causa de sus peligros: "Quien a los cuarenta años no es antimilitarista es que no ha sido nunca militar".

EL TENIENTE: Perdone mi franqueza, hombre civil, mi querido maestro, pero es que usted se forma una idea falsa de la servidumbre militar. La obediencia pasiva nunca es la humillación de un hombre ante otro hombre. Cuando me cuadro delante de mi coronel (con verdadero placer, se lo aseguro), no es ante un hombre, delante de quien junto mis talones. Es delante de un principio de autoridad, que juzgo útil y respetable, y sin el cual las sociedades humanas, nodrizas de nuestra preciosa libertad, jamás habrían existido.

Por otra parte, fuera del momento preciso en que se me dan órdenes, lo que sólo es una función, discuto con mi coronel. Discuto incluso con pasión; lo soporta, me estimula, y precisamente por eso es por lo que es un buen coronel. Suma de contradicciones. Imperioso en la acción, imparcial en la preparación. No cabe otra cosa. Ningún jefe podría hacer solo el tremendo trabajo que exige el mando del Ejército. No puede actuar sin sus subordinados. Es preciso que sepa descubrirles, seducirles y escucharles. ¿Ha leído usted en Pesquidoux cómo el jabalí viejo, hacia el fin de sus días, escoge un jabato joven, lo arrastra a su retiro y le enseña los secretos del bosque? Entonces se ven en la selva dos huellas siempre paralelas, una pesada, la otra lige-

ra. Así es como el viejo jefe presiente la sangre joven, y la acerca a su persona.

Cuando Gallieni, colonial viejo, ve desembarcar en la Indochina a Lyautey, jefe joven de un escuadrón, adivina de repente en este elegante, demasiado elegante, cazador a caballo, un alma ardiente y dominadora. Con brusca solicitud, a golpes de pujavante, a dentelladas, comienza a enseñar al cachorro que le ha confiado la horda, las leyes de la jungla y el sentido de la realidad.

Joffre guardaba arrugado en el bolsillo de su dormán un cuadernillo. En él se hubieran podido leer largas listas de nombres desconocidos, nombres de coroneles oscuros, capitanes casi invisibles, señalados por él para las estrellas.

Un Napoleón, un Lyautey, un Gallieni, un Pétain, no se hacen obedecer por temor. Napoleón no era severo; no era, incluso, suficientemente severo. Cualquiera otro, después de Auerstaedt habría castigado a Bernardotte. Hablamos hace un momento de Turena. Su ejército era el modelo de una perfecta república. Nadie se apercibía allí del mando ni de la obediencia. "Cada uno conocía su deber y lo hacía por deseo de agradar al general, y por un sincero afán de gloria que se transmitía desde el jefe hasta los más simples combatientes". Lo mismo ocurre en Marruecos. Allí se trabaja, precisamente, por amor al Mariscal. Cuando se sabe que ha de visitar los trabajos de un puesto, de una carretera, se apresuran a terminarlos por el placer de verle satisfecho. Un oficial aislado en una posición perdida en el Atlas piensa en el jefe y se siente más enérgico. Alrededor del verdadero jefe usted encontrará siempre *el equipo*, el grupo de fieles especialistas, competentes, a los que deja plena libertad, porque sabe que harán en cualquier circunstancia lo que humanamente es posible hacer. Davout era eso para Napoleón. Berthier también, en otro aspecto. Murat, en su limitado oficio de militarote, me hace pensar en esos especialistillas indispensables para el gran cirujano que no supiera manejar el rádiom o el éter. Hay un tipo de "caudillo" que necesita para su feliz desarrollo de un gran lugar a plena luz; hay un tipo subordinado que no puede florecer más que a la sombra. Tan hermoso, tan útil, pero tan diferente del primero como la yerba del tilo.

Estas dos razas de hombres se completan; a cada una de ellas le faltan ciertas cualidades, que sólo la otra le puede dar. Un Lyautey ignora los detalles. Cuando un ministro en unas maniobras le pregunta cuántos proyectiles hay por pieza, le responde: "No sé, tengo artille-

ros". Y si se le dice "¿Qué es usted?". "Yo -dice- soy el técnico de las ideas generales". Y así debe ser. El técnico del detalle separado de su jefe está perdido. Cuando Napoleón manda sus ejércitos, todos sus mariscales tienen el aspecto de ser grandes capitanes. Cuando él no estaba, se entretenían en pelearse y pegarse. En el Consejo de Estado había, en cada servicio, hombres que conocían los asuntos más profundamente que el Emperador, pero ausente él, las discusiones se prolongaban sin resultado. Luis XIV era un animador y descubridor de grandes hombres. Me gusta ver, en Saint Simon, cómo al encontrar en Rochefort al pequeño Renaud, capitán de fragata y excelente discípulo de Malebranche, crea para él una escuela por la que tenían que pasar todos los marinos del reino. ¿Pero qué era un Renaud sin el Rey?

Tengo un compañero que ha abandonado el Ejército por la industria hace dos años, y me cuenta sus impresiones. El también ha observado que el hombre indispensable, el hombre que manda en un asunto, no es el técnico, por lo menos como tal, sino el *organizador*, personaje que vale sobre todo por las cualidades de carácter, de juicio, de imparcialidad. Porque usted comprenderá, no tengo la candidez de reclamar sólo para el soldado esta suma de virtudes contrarias que nos ha parecido tan preciosa. Hablo de él porque le conozco mejor, pero me imagino que el gran hombre de Estado, el gran cirujano, el gran industrial, tienen necesidad del mismo equilibrio y, si son verdaderamente grandes, lo poseen.

Perfección en la preparación, audacia en la acción, sumisión a la realidad e imparcialidad en relación con sus propios pensamientos, se encuentran, sin duda, en diferentes grados en un Lincoln, en un Gosset, en un Vanderbilt... (*Vacila un instante*). Tengo en mi casa un pequeño cuaderno, que le enseñaría si no temiera parecerle un poco ridículo. En él anoto al azar de encuentros y lecturas las máximas de los grandes hombres de acción, como el pintor joven, ignorante, copia de los cuadros maestros. (*Ve que el Filósofo le mira con atención*). ¿No le parece bien lo que le digo?

EL FILÓSOFO: ¿Y por qué no? Si los retratos de Plutarco son más grandes que los del natural, tanto mejor. Imaginándose a los héroes es como se termina por crearlos. ¿Tiene usted entre sus clásicos de la acción el "Sebastopol" de Tolstoi? ¿Se acuerda usted del pasaje en que Kalaguin, avanzando sobre el cuarto bastión, bajo las bombas y los

proyectiles, experimenta una sensación de miedo? De repente piensa en aquel edecán de Napoleón, al que habiéndole preguntado el Emperador: "¿Estáis herido?", responde: "Os pido perdón, señor; estoy muerto". Kalugin encontraba esto tan hermoso, dice Tolstoi, que incluso llegaba a imaginarse que era este ayudante de campo. Espoleó su caballo y adoptó un aire aún más valiente de cosaco. La anécdota era falsa, sin duda, pero Kalugin se había rehecho.

EL TENIENTE: (*Repitiendo con entusiasmo*). Un aire más valiente de cosaco... Sí, es hermoso... Y esto me recuerda una escena que he visto durante la guerra: Había embarcado como pasajero a bordo del *Gaulois*. En la sala de oficiales se hablaba de un posible torpedeamiento. Un teniente de navío, muy culto y bastante escéptico, el señor B..., contaba cómo la tripulación del *Bouvet* se había ido a pique en su puesto, cantando. La noche siguiente a esta conversación fui despertado por un choque terrible. Habíamos sido torpedeados. Por los pasillos, ya invadidos, por las oscuras escaleras, difíciles, subí a cubierta, y en el puente encontré al comandante y a su estado mayor. El barco se inclinaba. En proa una torre tiraba, sin duda, por el honor, pues no se veía nada. Los oficiales continuaban la conversación de la víspera. El señor B..., en pijama de seda, con zapatillas charoladas, explicaba con voz despreciativa cómo convenía hundirse. Yo, en mi rinconcito, esperaba, escuchaba. "Lo curioso es -me decía- que todo esto es una farsa. Este B... representa un papel, y el comandante, que se niega a abandonar su puesto, lo hace por conservar la piel de su personaje de comandante". Más tarde, en el torpedero que me había salvado, no pude por menos de volver a esta idea. Solamente pensaba entonces: "¿Un papel? Sí. Pero si el personaje se representa hasta la muerte, se confunde con el hombre mismo". ¿No cree usted?

EL FILÓSOFO: (*Sonriendo*) Es cierto (*Se levanta*). Dígame, ¿qué hace usted mañana? Mi clase termina a las diez. Cinco minutos después, si está usted en la verja del Luxemburgo (la del *boulevard* de Saint Michel), entre Sthendal y La Vallée, podremos continuar esta conversación. Lleve usted su cuaderno.

EL TENIENTE: (*Un poco azorado*). Es que encontrará en él algunos rasgos suyos.

EL FILÓSOFO: ¿Cómo? ¿Un hombre de tropa en medio de estos personajes de tan alta graduación?

EL TENIENTE: (*Abriendo la puerta*). ¡Allí se encuentra con filósofos!

segundo diálogo

Creo que el genio depende en gran parte de nuestras pasiones.

VAUVENARGUES.

En los jardines del Luxemburgo.

EL FILÓSOFO: He aquí lo que se llama ser exacto.

EL TENIENTE: Las órdenes deben ser ejecutadas.

EL FILÓSOFO: *(Tomándole del brazo y conduciéndole hacia el monumento en donde está incrustado el medallón de Stendhal).* Sentémonos un momento en este banco. Un hermoso plátano nos acogerá. Enfrente de nosotros, este húsar, que fue también un buen psicólogo, será una divinidad para presidir nuestra entrevista favorable.

EL TENIENTE: *(Un poco brusco).* Este húsar era un oficial de administración de tercera clase que, porque no había visto nada en Waterloo, afirmaba que allí no había nada que ver. *(Se aproxima al monumento y lo examina).* Que el diablo me lleve si un húsar...

EL FILÓSOFO: *(Riendo).* Tanto peor para los húsares. ¡Es usted un hombre terrible!

EL TENIENTE: Pero, al fin, ¿se batió?

EL FILÓSOFO: ¡Ah! Convengo en que muy poco; pero él lo ha sentido. Bajo su aspecto de jinete, que tanto me gusta, adivino en cada palabra el amor propio herido del comisario de abastecimientos. De

esta tristeza de semiemboscado nacieron Fabricio del Dongo, Julien Sorel y Lucien Lewen. Bien vale eso unos sablazos... Pero hablemos de usted, auténtico jinete. ¿Qué ha hecho usted desde ayer? ¿Ha pensado en nuestro tema?

EL TENIENTE: Lo menos posible. Cuando preparo una respuesta, las frases dispuestas me impiden escuchar y la fiebre me vuelve tímido. Pero, lánzame al agua y nadaré.

EL FILÓSOFO: Esta noche, el recuerdo de nuestra conversación, no me dejaba dormir. "El chico ha conservado el espíritu entero -me decía-, a pesar de los galones y del desierto, pero algunas de sus frases son inquietantes... Lo que tan justamente se ha reprochado a los Estados Mayores de antes de la guerra, ese desprecio de la inteligencia, esa preponderancia concedida al instinto y al entusiasmo en la conducción de los grandes hechos, esa idea de que la mística voluntad de vencer puede reemplazar al plan y al método, todo esto se encuentra en él, a pesar de tan serias lecciones. Al mismo tiempo que comprime su pensamiento por un gran esfuerzo de moderación, la doctrina del "valor" siempre se abre camino, explota en fórmulas apasionadas y revela su convicción profunda".

Creía haberle vacunado cuando en Saint Louis explicábamos juntos el "Discurso del método". Habíamos reconocido que el Ejército y la Inteligencia siempre habían hecho buenas migas en Francia. En las guerras de Alemania fue cuando Descartes construyó, en principio, su sistema. El gran Condé era buen logístico, y a su paso por Holanda trató de ver a Spinoza. Hoche leía a Montaigne y a Rabelais. . .

EL TENIENTE: Yo también los leo algunas veces y no comprendo bien lo que usted me echa en cara. Me gusta interrogarme de buena fe y no descubro en mí desprecio alguno por la inteligencia. Mis camaradas de allí piensan como yo. Mi coronel, hombre notable, cuando nos hacía estudiar un problema táctico sobre el plano y veía a un oficial apurado, le decía con ironía: "¡Vamos! ¿A qué aguarda para hacer actuar las fuerzas morales?". Y un día en que yo le exponía un ejercicio sobre la potencia del fuego en el que descuidaba la cobertura de mis hombres: "Y entonces, ¡qué! -me dijo-, ¿la Marsellesa?".

Vea usted: conservo en este cuaderno un curioso debate que se celebró en la Cámara en 1832, y en el cual el General Bugeaud hubo de

defender la razón militar contra los radicales de su tiempo. Por entonces, eran éstos quienes sostenían que el entusiasmo y la fe revolucionaria habían constituido la fuerza de los ejércitos del 93 (*hojea un cuaderno negro*).

"Nada más falso -dice Bugeaud-; lo primero que ha procurado las fuerzas a los ejércitos de la Revolución es que delante de ellos no tenían nada. Los hombres que en esta época hicieron la guerra me han afirmado varias veces que no había alineados frente a nosotros más de 150.000 hombres"

Un miembro de la Cámara. -"Tal lenguaje es antinacional".

General Bugeaud. -"Era natural que poseyendo un millón de hombres resultase un ejército potente. A pesar de ello, los primeros encuentros no fueron felices en estas escaramuzas. ¡Algunas veces fuimos vencedores, mas a menudo fuimos vencidos !".

(*Vivas reclamaciones de la izquierda*). "Dejen que narremos los hechos, señores; es necesario decírselo, porque hay mucha gente en Francia que se halla persuadida que cantando "La Marsellesa" es suficiente para derrotar a los ejércitos de Europa".

(*Hilaridad en el centro, murmullos en la izquierda*).

"Es necesario saber, señores, que mientras nuestros ejércitos no estén bien organizados, mientras no tengan táctica, no tendremos éxitos profundos, sino reveses".

M. Tescherau. -"El pueblo de París ha probado en 1830 que es capaz de derrotar a un ejército".

M. Odilon-Barrot. -"El entusiasmo y la exaltación son una fuerza".

El General Bugeaud. -"Encuentro muy bien el canto de "La Marsellesa", pero creo que él solo no da la victoria".

Vea usted que era un soldado quien defendía entonces la ciencia militar y los hombres políticos de izquierda los que formaban en la escuela del "valor"

EL FILÓSOFO: ¿Y piensa usted como Bugeaud?

EL TENIENTE: Veamos. ¿Pienso como Bugeaud? Creo, en verdad, que "La Marsellesa" sola no da la victoria; creo que es preciso en toda acción algo de "Marsellesa" y algo de inteligencia. Más exactamente, creo que hay problemas en la vida que se pueden resolver por razonamiento y otros en los que éste es un recurso débil... Pero me encuentro desafortunado y poco claro desde que hablo en abstracto. Permítame un ejemplo.

EL FILÓSOFO: Se lo ruego...

EL TENIENTE: En 1914, en el momento de la declaración de guerra, Lyautey recibió la orden del Ministro de poner a disposición del Gobierno la mayor parte de las tropas de Marruecos. El Gobierno se daba cuenta de que era imposible sostener el país con los escasos efectivos que se le dejaban a Lyautey. Se le pidió solamente que guardara Fez y que asegurase la evacuación de los franceses del sur. Estaba muy bien razonado. Si con cien mil hombres se puede guardar un territorio, con veinte mil se puede ocupar la quinta parte. Regla de tres.

Cuando recibió esta orden, que arruinaba su obra, el General no dijo nada y se encerró en su habitación durante veinticuatro horas. Cuando salió de ella dictó, de un tirón, un plan que se ha hecho célebre allí con el nombre de "Plan del 20 de Agosto". "Yo os daré -decía- todos los batallones que me pidáis. No guardaré más que lo necesario para mantener la apariencia de las guarniciones; pero nuestra política será la política de la sonrisa. No sólo no hemos de aparecer inquietos a los ojos de los indígenas, sino alegres. Haremos una exposición en Rabat, una feria en Fez. Un hombre que trabaja no piensa en combatir. "Cada astillero que se abre es una batalla ganada". Este programa se ejecutó. No solamente se conservó el terreno conquistado, sino que las tribus aún rebeldes acudieron a someterse para montar en los tiovivos de Fez. La aritmética fue vencida.

¿Qué es lo que había determinado la decisión de Lyautey? ¿Los razonamientos? Ciertamente es que los había hecho; pero no valían ni más ni

menos que los del Ministro. No; fue más bien un conocimiento íntimo de aquel país, de los árabes, de los bereberes, "una especie de adivinación de todo su ser", una intuición. Y además, no veo en ello nada que me recuerde el sonámbulo o el médium, sino una modalidad de pensamiento, que es el suyo y el mío en cuanto se trata de prever las acciones de nuestros amigos o de nuestra novia. Exponiendo las razones del amor, no se demuestra que uno debe ser querido; sería ridículo.

No se prueba que es posible marcar un tanto al rugby; se marca.

No se prueba que es posible ganar una batalla, se gana.

La regla de tres, verdadera en el mundo de las cosas, es falsa en el mundo de los hombres.

Hay casos en los cuales la inteligencia "discursiva" (como dicen ustedes en el lenguaje de su oficio) funciona y pone en marcha la acción.

Por el contrario, hay casos en que la inteligencia trabaja en el vacío, sin unirse a la realidad.

EL FILÓSOFO: ¿Cómo distingue usted unos de otros?

EL TENIENTE: No es fácil..., creo que sería necesario, para despejar un poco el terreno, poner a un lado los elementos definidos, mensurables, que se pueden considerar como objetos de una ciencia, emplear como términos de un razonamiento lógico, tal como los camiones, los cañones, los efectivos, las distancias probables; y del otro, los indefinidos, valor, entusiasmo, actividad, miedo, para los cuales las palabras no hacen más que designar una zona *de emoción*, de contornos variables y sutiles.

Existen los proyectiles que se pueden contar; pero existe también la manera de recibirlos, que no tienen ninguna expresión numérica. Se sabe el resultado que da la suma de dos números; pero no la de dos caracteres El mayor peligro radica en emplear la balanza de la lógica para pesar las palabras no definidas; los que lo realizan se hacen la ilusión de haber demostrado verdades tan sólidas como las verdades matemáticas y se convierten en fanáticos. Los sofistas de Grecia, los teólogos del siglo XVIII, consideraban las palabras como seres reales. Cuando nuestro Rousseau dice: "El hombre ha nacido libre y en todas partes está entre hierros", podría también escribir: "El hombre ha nacido rico y en todas partes está en la miseria". "El hombre ha nacido capaz de saltar 18 metros y no salta más que 7,60 metros". No porque

se dé a una frase la forma de un axioma es cierta como tal. Estos doctrinarios de principios de la guerra de los que usted se queja, acaso con razón, eran gentes que no carecían de lógica. Al contrario. Su doctrina ofensiva estaba deducida con mucha sabiduría, y precisamente, por razonamiento, era por lo que se abstenían de razonar. Demostraban con a más b que su método les llevaría a la victoria. Pero todo se puede demostrar en el vacío, porque no cuenta el peso de la herramienta. ¿No es Bergson quién ha dicho: "Se podría demostrar que es imposible aprender a nadar, porque para nadar es preciso sostenerse sobre el agua, y para sostenerse es preciso nadar"? No habría abogados si no se pudiesen encontrar argumentos lógicos en favor de tesis contrarias. Piense en la cuestión más nimia. Cada uno prueba que tiene razón, *pero hay que terminarla y estrecharse las manos*. Los bereberes tienen un proverbio: "Escoge y ganarás". ¿Y si no hay razón para escoger? No importa; decide, o tu ruina es segura. He ahí por qué digo que en la acción es necesario algo más que la razón pura. ¿Estoy equivocado? No deseo más que saber por qué.

EL FILÓSOFO: Mire. Si la razón, en ciertos casos, parece dejar proposiciones falsas, no constituye ello un argumento contra la razón, sino contra un razonamiento falso. El mismo Bergson ha demostrado muy bien cómo Zenon de Elea engañaba a los suyos. Si un cuchillo no corta, usted no saca la conclusión de que ninguno corta, sino que ese cuchillo está mal afilado. La lógica es un aparato bien construido. Si usted la emplea introduciendo fichas sin valor, eso no prueba que sea mala, sino que usted es un falsario. Además, se puede casi siempre encontrar el medio de impedir el fraude. Los abogados peroran: el juez distingue el sofisma de la prueba. Su razonamiento de nadar es fácil de destruir: decir que para sostenerse sobre el agua es preciso nadar es olvidarse de la existencia de las cuerdas, de los bañeros y de las calabazas.

Pero, sobre todo, si puede ser peligroso razonar sobre elementos indeterminados, es todavía más peligroso negarse a razonar sobre cosas perfectamente definidas. Arrojar sobre un nido de ametralladoras cuando el cálculo demuestra que ningún hombre puede llegar allí vivo, querer combatir a los aviones con uno que se eleve menos rápido que aquéllos, resolver por una especie de intuición sentimental y de adivinación mística preguntas concretas, eso es la pura locura. En otros términos, hay, incluso en las cosas de la acción, un dominio de

la ciencia que es amplio y en el cual conviene aplicar los métodos del científico y no los del dramaturgo. (*EL TENIENTE mueve la cabeza*).
¿No está usted convencido?

EL TENIENTE: Voy a manejar sus mismas bazas. Dice usted que en las cosas de la acción hay un dominio de la ciencia que es muy amplio. Esto es evidente. Para preparar los explosivos, para estudiar una máscara contra los gases, para aumentar la velocidad de un avión que se precisa, son los métodos de la balística, de la química, de la aerodinámica.

Note, sin embargo, que en la acción, la ciencia nunca es perfectamente verdadera, ni tampoco la química, la física, la estrategia ni incluso la aritmética. La ciencia trata las relaciones de objetos teóricos que presentan las propiedades en estado de pureza; tales objetos no existen. La ciencia es verdadera para las rectas ideales o para los soldados de cartón del General Cartier de Chalmot. En maniobras, sí, se encuentran planes bien hechos e intenciones químicamente puras; pero las propiedades de los objetos reales son misteriosas e individuales. Tome un químico de laboratorio y trasládele a una industria sin interponer entre él y la diabólica perfidia de las cosas un sólido capataz; le construirá aparatos rebeldes y retortas endiabladas. El aprendizaje de brujo es una historia cierta. Ponga a la prueba de los hechos uno cualquiera de los principios de la estrategia científica; éste, por ejemplo: Si se encuentra en presencia de dos grupos de fuerzas enemigas, es necesario ir con la más principal. Bueno... Napoleón, en su campaña de Italia, a pesar de Carnot, ataca el ejército más pequeño, se desembaraza de él, vuelve sobre el otro y destruye a los dos en contra de los principios. Von Kluck, excelente estrategia, aplica el 14 la regla clásica, y, por su fidelidad a la ciencia militar tradicional, se deja batir. Los generales austríacos de todas las épocas han combinado siempre una ciencia militar admirable con una prodigiosa aptitud para la derrota constante. Es que, en definitiva, en la guerra hay mucho más de arte que de ciencia. Es necesaria la flexibilidad en las reglas. Se le dice al infante: "No se aproxime al carro de asalto para evitar que la artillería le tome por blanco". Se añade: "Aprenda a saltar detrás del carro para ocupar el abrigo que acaba de aplastar". ¿Cómo combinar las dos órdenes contrarias? Como el novelista que sabe ser descriptivo sin ser fotográfico. Por dosificación, por tacto, por gusto. Como un buen bailarín guía siendo guiado. La línea no es rígida: los

principios semejan al acordeón. No hay más ciencia que la general; no hay más verdad que la particular.

Además, incluso en la ciencia pura, el mismo sabio no está a cubierto de pesos cambiados, de razonamientos viciosos. Uno de mis compañeros estaba en la politécnica en el momento en que los hermanos Wright volaron por vez primera. Su profesor de mecánica dio una conferencia sobre el asunto. "La teoría -dijo- permitía prever que, sólo el biplano, es decir, dos superficies que llevasen un equilibrador delante, sería capaz de volar. Lo probó brillantemente. Seis meses después Bleriot volaba sobre un monoplano. Segunda conferencia, en la que los cálculos del mismo profesor probaron a satisfacción de los doscientos jóvenes matemáticos que lo ocurrido era posible.

En 1915 había en mi compañía un sargento acabado de salir de la Normal de Ciencias. Su manía era demostrar que no se podría forzar jamás el frente alemán. Calculaba los efectos de la primera barrera de fuego de la infantería, después las pérdidas producidas por la artillería de campaña; por fin, llegaba la artillería pesada, y no quedaba ningún asaltante. "No se pasará nunca -concluía- Es matemático". Traté de discutir los resultados; el auditorio se ponía de su parte. "¿Por qué discutes? -me decía-. Es matemático". "Discuto -les respondí- porque es matemático".

EL FILÓSOFO: Para tener mucho sentido común es preciso que la razón se imponga al sentimiento, la experiencia al razonamiento. Es cierto que la razón, aparato aéreo y perfecto, realiza su marcha alejándose en el fluido que la sostiene, que es el mundo exterior. "La ligera paloma -dice Kant- puede creer que volaría todavía mejor en el vacío" Es lo que creen también los idealistas, de los que usted se burla tan fácilmente. Pero el verdadero sabio no se olvida del mundo exterior. Clasifica los hechos y deduce leyes que son, a su parecer, hipótesis, después confronta estas leyes con las realidades, que son las que deciden en último término. En la investigación científica bien hecha, la inteligencia que razona y la observación de los hechos colaboran como el carro de asalto y el infante que usted describía. La razón marcha primero, ilumina el avance; si ve al práctico parado por algún obstáculo difícil que ha dejado en su ruta, vuelve sobre sus pasos y acude en socorro suyo. Es el único medio que se ha encontrado hasta ahora para tomar la posición, para llegar a la verdad.

EL TENIENTE: (*Vacilando*). Ciertamente, este método lo encuentro excelente en la investigación, en el estudio, en la preparación..., pero en la acción es completamente diferente. No se busca la verdad absoluta; en ella se busca lo que es preciso hacer en un momento dado. Una solución mediocre realizada en seguida vale mil veces más en aquel momento que otra perfecta dentro de ocho días. Hay un segundo en el que el organismo de un enfermo oscila entre la vida y la muerte. No es el momento de los análisis y de las investigaciones. En un mercado financiero se celebra una sesión en la que una decisión afortunada puede salvar una fortuna comprometida. No es el momento de comenzar una información internacional sobre el valor real de la moneda. En el 13 Vendimiario, en un minuto casi, es como Napoleón salvó la Convención. En el Marne, apenas si fue un día en el que Joffre salvó a su ejército. En este sentido, no es malo que un Estado Mayor sea bergsoniano, si ser bergsoniano es dar al tiempo su valor. Su hombre de ciencia no puede afirmar nada, ni decidir, antes de poseer un modelo mecánico tan perfecto como posible de los fenómenos. Le importa poco el tiempo necesario para construir este modelo. Si mal no recuerdo, Darwin recoge los hechos durante cinco años antes de permitirse una sola idea general. Después, habiendo redactado ya un primer bosquejo de su teoría, espera todavía diecinueve años antes de darla al mundo. Newton reflexiona dieciocho años sobre la gravitación. Es admirable, si usted quiere, pero sería endiabladamente largo para un hombre a quien le acucia el tiempo y que tiene que colocar sus secciones de ametralladoras. Si se hubiese tratado la cuestión de la ofensiva sobre frentes continuos por métodos verdaderamente científicos, habríamos vuelto a ver la guerra de los cien años. En resumen: no es así como se deciden los que logran el éxito en el modo de llevar los grandes asuntos.

EL FILÓSOFO: ¿Y cómo deciden entonces?

EL TENIENTE: No los he visto más que de lejos; pero trato de comprenderles por analogía. Antes yo montaba a menudo en las carreras, ejemplo acertado de acción completa, porque el caballo es un ser vivo. Ahora bien: antes de la carrera se puede, se debe razonar. Se puede llevar al caballo con inteligencia, se puede buscar su mejor rendimiento. Desde que se da la salida ya no se piensa más. No es que no haya decisiones que tomar. Es necesario aprovecharse de un intersti-

cio, adivinar cuándo el caballo puede rendir un esfuerzo, notar los signos de fatiga en el adversario; pero todo esto no se define con palabras, con frases; se siente que la ocasión es favorable. Una especie de comunicación corporal se establece entre el jinete y el caballo; una sensibilidad acrecentada por el enervamiento de la lucha permite al jinete adivinar en cada momento la "forma" precisa de su caballo, al caballo notar los más ligeros matices de la voluntad de su jinete.

Un buen jugador de fútbol, ¿cree usted que se dice en el momento en que tiene el balón: "La masa del equipo contrario está a la derecha, estoy muy bien marcado para poder rematar, voy, pues, a pasar a mi extremo izquierdo"? No tendrá tiempo para articular ni la mitad de la frase; pero el terreno, los jugadores, los abarca con una mirada y el movimiento preciso es consecuencia de esta mirada.

En una batida de jabalíes un verdadero cazador toma el mando: "Dos hombres por aquí, dos por allí; los batidores y yo tomaremos tal sendero", y adivina con exactitud los caminos por los que el animal va a pasar.

Sobre el campo de batalla, el soldado nato, con sólo ver el terreno, a una tropa que avanza, percibe ya la maniobra naciente; el agrupamiento del enemigo, los nidos, el relieve, le hacen ver en seguida dónde está el arma automática, dónde el mando, dónde las reservas. Inmediatamente sabe cómo se presenta el ataque y cómo precisa colocar la defensa. En un avión ocurre lo mismo. Usted siente que no es el momento de subir, que es necesario esperar otra corriente. A decir verdad, parece que en estos momentos se piensa con el cuerpo y no con el espíritu. Esto es natural para ejercicios como el caballo y el avión, que son del cuerpo; pero no hay duda que también es cierto cuando se trata del pensamiento del jefe máximo. Cuando se me dice que el pensamiento de Foch es un pensamiento musculado, que sus manos crispadas dibujan en el aire el plan de la maniobra, está lejos de inquietarme. Eso me prueba que el mariscal forma un todo con su pensamiento. Esta coincidencia con el objeto (que es el guía más seguro de la acción) provoca necesariamente los gestos. El conocimiento es tan inmediato, tan rico en detalles, que no puede traducirse en frases. Es como una masa inmensa y viva, difícil de transmitir, conocida solamente por las decisiones, como relámpagos en un nublado tempestuoso. Toma forma de imagen, como en el gran poeta.

En mayo del 18, cuando el Comandante Laure lleva al General Fayolle la orden del Generalísimo, que consiste en empujar a toda mar-

cha hasta más allá de l'Avre, Fayolle, descontento, se levanta bruscamente y grita: "Si yo quiero ir hasta el fondo de esta habitación llena de obstáculos. ¿pretenderé dar un salto por encima de todo lo que tiende a detenerme o trabarme? Evidentemente, no; caería antes de llegar a la puerta". Y rodeando entonces los muebles más grandes, derribando o franqueando otros, avanza paso a paso, llega a la puerta, la hace saltar bajo la presión de sus brazos y dice: "He aquí mi ataque".

¿Es que esta necesidad de acompañar con el gesto a la palabra le sorprende, le extraña? Yo veo en ella el signo de un espíritu bien conformado. Una inteligencia aislada del cuerpo que debe ser su proyección no es más que la paloma en el vacío de la que le he hablado.

El cuerpo es quien la lastra y la mantiene por debajo de ciertas atmósferas demasiado enrarecidas. No se puede negar la acción directa de un cuerpo sobre un pensamiento. Todos los hombres de negocios están de acuerdo en la diferencia que existe entre el valor de una visita y el de una carta. Aunque una carta podría comunicar el contenido intelectual de un pensamiento, deja siempre de expresar el matiz que un sonido de voz hubiera revelado.

Hay en la historia de la batalla del Marne un drama muy hermoso que algún día será preciso escribir. Es el que tendría como tema la acción personal de Joffre, es decir, del hombre Joffre, de ese cuerpo macizo, decidido y lleno de emoción y del deseo loco de vencer. ¿Conoce usted la visita a French, el cual, habiendo perdido la confianza en nosotros, se negaba a combatir? Los generales ingleses, de pie, detrás de una mesa, inmóviles, desconfiados, cansados de promesas jamás cumplidas. Frente a ellos, Joffre, apasionado, tartamudeando de emoción, volcando sobre aquélla, con gesto monótono, su corazón. ¿Cree usted que persuade entonces a French lo que dice Joffre? Lo que dice no lo comprende nadie. Son palabras cortadas: "Batalla en la que emplearé mi último proyectil... decidirá la campaña..." Todo eso ya lo habían dicho otros al general inglés y no habían podido convencerle. No, lo que obró fue esta "presencia". Fue la pasión visible, real, de este hombre. Fue el timbre de la voz lo que señalaba la sinceridad Y cuando French le contestó sencillamente: "Yo haré todo lo que sea posible", Joffre se va sin pedir nada más, porque el tono de voz de French, al responderle, garantizaba mucho más de lo que expresaba la sencillez de sus palabras.

¿Le han descrito aquella escuela de Barsur-Aube, donde se decidió la batalla? Los oficiales de la tercera sección ocupaban una sala muy espaciosa, en cuyos muros estaba prendido un mapa. Sobre este mapa se indicaba la marcha de las columnas enemigas mediante grandes flechas negras, que de continuo se alargaban un poco hacia el sur. Joffre entraba a menudo en esta oficina, tomaba una silla, y a caballo sobre ella miraba largamente el plano sin decir nada. El 4 de septiembre las flechas se inclinaron hacia el S. E. Hacía falta un corazón muy fuerte para verlas avanzar sin sentir una angustia mortal. Algunos generales decían que la retirada debía continuar hasta la margen izquierda del Sena. Un joven oficial que contemplaba a Joffre, inmóvil y silencioso delante de aquellas largas líneas oscuras, pensaba en un poderoso animal al acecho. Veía sin duda su batalla, no como el algebraico ve su problema, sino como cuando una enorme fiera se prepara a saltar. La idea de la maniobra, el desbordamiento de la derecha de von Kluck, la formación del ejército de Manoury, todo ello había sido, es cierto, preparado por medidas intelectuales. Pero el momento de la preparación había pasado: no le quedaba al Jefe más que formar un bloque con su maniobra, tan bien soldado, que el momento de actuar se produjese en el instante exacto en que se pudiera asegurar el mayor efecto. De la misma manera que ciertos médicos generosos, inclinados sobre un enfermo al que quieren, espían los efectos de un remedio supremo y, casi sintiendo en su propio cuerpo los síntomas de su paciente, hacen su diagnóstico en su propia carne.

EL FILÓSOFO: Me parece muy bien lo que acaba de decir. Como usted, yo admiro una "presencia", y ésta de Joffre me ha parecido siempre grande. Por otra parte, esa idea que me indicaba, de que la marcha de un pensamiento en el instante de la decisión se hace por impulso del cuerpo, la he notado también muy claramente en la emoción artística. Nada más bello que la mirada ávida y hambrienta con que un gran pintor parece tomar posesión de su modelo. El gran escritor, en la masa confusa de sus apuntes, de sus fichas, de sus recuerdos, entrevé a menudo el conjunto de su obra, como en una especie de relámpago. Sin duda, es necesario que llegue a la expresión analítica, como también es preciso que el jefe militar llegue a traducir este pensamiento corporal en órdenes precisas, pero que el conocimiento escape a la ideología más que si ha pasado antes por ese estado sensible,

eso es francamente cierto y no lo discuto. Ya ve que le doy la razón... y, sin embargo...

EL TENIENTE: Sospechaba que debía haber un pero...

EL FILÓSOFO: Hay un pero. Cuando dice usted que un amante tiene la intuición de lo que va a hacer su adorada, que un cazador tiene la intuición del bosque, un capitán la del campo de batalla, ¿entiende usted por ello que una operación mágica introduce súbitamente en su espíritu virgen el conocimiento del porvenir? Creo que eso describiría muy mal lo que realmente sucede. No monto en carreras, ni juego al fútbol; pero soy cazador y sé bien por qué un hombre tiene las intuiciones que usted dice. Conoce el bosque y sus senderos: conoce la vida de los animales, sabe, por haber pensado mucho en ello, cómo, por ejemplo, el tiempo de la víspera regula los movimientos del animal. Si ha llovido, el jabalí estará por la noche al lado de los juncales, para bañarse en los charcos; por la mañana, en los sotos, para evitar mojar-se en terreno húmedo. El camino que tomarán los ojeadores está fijado por el cuidado de que no sean olfateados y evitar las hojas, cuyo ruido les traicionaría. Su experto cazador no piensa en todo esto en el *momento* de dar sus órdenes, es cierto, pero es *porque ya ha pensado* en que es capaz de darlas. Los grandes artistas son grandes trabajadores. Haga que le enseñen los borradores de un Hugo para una de sus novelas: lea las cartas minuciosas de un Balzac, de un Flaubert, suplicando de los correspondientes técnicos que le den los informes precisos que le son necesarios para fijar un detalle.

Piense en un Valery formando pacientemente la mecánica de su ingenio con veinte años de estudios matemáticos. Entonces, de ese conocimiento perfecto del mundo particular, en el que el artista quiere crear, surgen las intuiciones geniales. Napoleón, antes de ser un gran general, era un hombre que había trabajado mucho. Había aprendido en Brienne la doctrina militar de los estrategas de la antigua Francia, que eran grandes hombres, y pocas cosas hay en la batalla napoleónica que no provengan de esa formación.

Y, sin duda, el estudio no basta: "No se aprende en la gramática a componer un canto de la *Ilíada*", es cierto. Pero no por ello es menos necesaria la gramática para escribir y la armonía para componer. Esta soldadura entre el Jefe y el Ejército, el amante y su amiga, el inventor y su máquina, no se obtiene más que por una larga contemplación, por

un profundo conocimiento de los detalles. Por esto únicamente es por lo que se explica el mecanismo de la intuición.

Si por un amoroso estudio, por el interés apasionado que me han inspirado los más pequeños matices de su sonrisa o de su melancolía, he reconstituido en mi espíritu el carácter de una mujer con perfecta exactitud, esta imagen, que mi inteligencia ha animado lentamente, llevará en lo sucesivo una vida paralela a la de la mujer real, puesto que estará hecha con los mismos elementos. Yo seré capaz de prever los sentimientos y los pasos de este hermoso ser animado, porque todo lo que les determina está presente también en el modelo espiritual que tengo de ella y que forma parte de mí. Es cierto que entonces mi adivinación va más lejos y más de prisa que el razonamiento lógico. Pero de cuánta lógica paciente, de cuántos razonamientos secretos está formada esta adivinación. El corazón no prescinde del método: los dos se sostienen, se apoyan, y la unión del místico y el sabio es la perfección del espíritu humano. Igual que Enrique Poincaré y José Bertrand veían de un solo vistazo la solución de un problema, incluso antes de haber bosquejado el sistema lógico que a ello les conducía, un Napoleón o un Foch veían lo que era necesario hacer, sin que el mecanismo de las palabras interviniera para nada. Pero estos grandes ejemplos no justifican al ignorante que se pone en estado de tránsito, espera la victoria de la exaltación y rehusa ambientarse en los hechos para recibir de ellos la verdadera inspiración. "El arte de la guerra es como Aquiles, hijo de un mortal y de una diosa". No olvide a la diosa.

EL TENIENTE: ¡Si lo he hecho, que ella me perdone! Sin embargo ...

EL FILÓSOFO: ¿Hay un sin embargo?

EL TENIENTE: Hélo aquí: Usted ha demostrado muy bien que para formar un hombre completo se debe unir al místico y al sabio; que el sabio debe preparar, formar, y el místico inspirar, decidir; que la paciencia del uno es la fuerza del otro. ¿Pero no le parece que en el interior del propio trabajo preparatorio se ejerce incluso una especie de acción mística? ¿Cómo, si no, un Pasteur, un Darwin, un Newton, encuentran el valor de hacer y rehacer sus experiencias, de no pensar durante años más que en un problema único, limitado? Es completamente preciso que les sostenga cierta clase de fe.

Se encuentra a menudo en los ejércitos hombres en los cuales la lentitud de sus mentes les hacen aparecer como mediocres y luego resultan grandes hombres por la sola fuerza de su tenacidad. Pienso, por ejemplo, en un Kitchener, a quien en Salónica he enseñado las posiciones francesas. Sus ideas estratégicas me han parecido las que tendría un buen jefe de batería. Pero cuando había decidido una operación ponía al servicio de su decisión una voluntad tan fuerte, una previsión de detalles tan completa, que era imposible que fracasara.

¿Se acuerda usted de la lenta venganza que supo prepararle a Gordon, asesinado por los derviches? Fue preciso organizar el ejército egipcio, equiparle casi sin dinero con el material de deshecho de los ejércitos europeos: después, hacerle avanzar a lo largo de un colador rocoso y mantenerle aprovisionado en un desierto. Pero tales eran, precisamente, los trabajos que convenían a Kitchener. Hizo desenterrar viejos rieles sepultados en el lodo. Colocó él mismo la línea, dibujando sus curvas, dirigiendo los equipos. Cuando estuvo casi terminada, una crecida del Nilo la arrastró siete kilómetros. Apretó los dientes y volvió a comenzar. Al fin, pudo pasar el primer tren. Al mismo tiempo llegaba de Inglaterra una cañonera desmontable, que había comprado con las economías del Ejército de Egipto y que debía permitirle ejecutar fuegos de flanco sobre el enemigo. Se embarcó en ella con su Estado Mayor. Ordenó la salida. Se oyó una gran explosión: la caldera había saltado. El oficial de máquinas fue a decirle que la avería era irreparable. Por primera vez creyóse entonces que Kitchener iba a salir de su terrible calma. Vieron humedecer sus ojos y los extremos de su boca abatirse. Descendió precipitadamente a su camarote. Al salir cinco minutos más tarde, tranquilo, dio las órdenes de desembarco y dijo que prescindía de la cañonera. La campaña duró más de un año. Al fin, el Mahdi fue muerto y con él 10.000 derviches. Kitchener pudo entrar en Kartoum. En el desfile de la victoria tenía el aire de una estatua de piedra.

Al principio de la guerra, sólo él entre todos los grandes jefes se preparaba para cinco años de lucha. Cuando expuso que había que dar a Inglaterra un ejército de tres millones de hombres, los políticos se sonrieron. Briand le dijo un día: "Usted ha vivido en un país donde a una palabra suya los pueblos se inclinaban; las ciudades surgían de la tierra; en el *boulevard* de los Italianos no se pueden hacer milagros". Briand se equivocaba; se pueden hacer milagros en Trafalgar Square: se podía hacerlos en el *boulevard* de los Italianos. Si un hombre, in-

cluso de inteligencia media, concentra todas sus fuerzas en un objetivo único, obtendrá resultados que parecerán milagrosos a espíritus más rápidos; pero sin ardor y sin amor. Este calor del genio y este amor por su objeto es lo que permite imaginar e inventar sobre el objeto mismo. Napoleón ha escrito que el carácter sin inteligencia vale más que la inteligencia sin carácter. Digamos más exactamente que un pozo de inteligencia empleada por un corazón apasionado irá más lejos que un gran genio puesto al servicio de un alma fría.

EL FILÓSOFO: El sol está en lo alto, creo que debemos dirigirnos hacia los furgones de la Intendencia. *(Se levantan, marchan en silencio durante algunos minutos. al llegar a la avenida de las Reinas, el Filósofo se detiene)*. Veo que en esta disquisición ocurre como en todas. Cada vez que creemos haber descubierto un elemento primario se nota que es divisible hasta el infinito. Hemos encontrado en una atención apasionada el secreto de la intuición, el secreto de la misma atención en el calor del genio. Es necesario ir más lejos. ¿Este calor del corazón, este ardor, esta fe, de qué están hechos?

A veces el ingenio es la expresión de una dolorosa falta de equilibrio: una pasión desgraciada crea fuerzas que no puede utilizar, y estas fuerzas son desviadas en provecho de la acción útil. Se distinguen muy bien en la "Ética" los pasajes inspirados a Spinoza por aquél su amor sin esperanza por Mme. Van den Ende, y en la campaña de Italia los movimientos de celos del joven marido. A veces también un simple accidente pone en marcha el mecanismo cerebral. De ello es un ejemplo clásico Pascal. En otros se encontraría tal vez a la inteligencia entrando en escena por un sutil subterfugio. Hay hombres en los que un argumento ha provisto, súbitamente, de una fe. Cecil Rhodes formó, según cuentan, el proyecto de un Imperio Africano escuchando a Ruskin, en Oxford, hablar de la grandeza británica. Para Lenin, la lectura de Karl Marx debió ser el motor inicial.

Cuando me encontré con usted por vez primera, Stendhal, Kipling, Tolstoi, Barrés se disputaban a un adolescente y le modelaban conjuntamente. Yo también intenté proporcionarle mi impronta. Después vino la guerra y se lo llevó. Sin duda, el espíritu de sus héroes conocieron aventuras semejantes. Me gustaría saber qué accidentes, qué lecturas, qué amistades esculpieron las almas de un Pétain, de un Nelson, de un Bonaparte. En cuanto a Kitchener, un inglés me ha contado que debía esa enorme paciencia a una timidez tan grande que le impe-

día la vida en sociedad. El aburrimiento le hizo gustar trabajos que otros más felices juzgaban fastidiosos. El terrible silencio del tímido creó la leyenda de severidad que le fue útil y protectora. En la llama que nosotros denominamos genio brillan pasiones humanas y sencillas; pero un hogar deformado, concentrando en un solo punto su calor, nos asombra por su intensidad.

EL TENIENTE: ¿Dónde quiere usted llegar, mi querido maestro? ¿A probar que el héroe no es un dios? ¿A que los accidentes de la vida contribuyen a formarlo? Es cierto, no hay duda, pero, ¿qué importa? Acaso, como usted dice, Bonaparte, César, debieron su genio militar a cualquier causa secreta y sencilla. Sabían mandar. Con eso me basta.

EL FILÓSOFO: Eso no me basta. Mirar desde fuera al hombre de genio, aceptarle como un "dotado" monstruoso, asombra el espíritu sin elevar el valor. Comprender, por el contrario, por qué sencillos métodos, llevando el mosquete, o estudiando el terreno, un Turena dirige él mismo su inteligencia y su cuerpo; cómo un Robert Peel, arrastrado desde su infancia al oficio de primer ministro de Inglaterra, llega a serlo, al fin, y de los mejores; cómo el héroe sabe hacer de su alma una morada siempre pronta a recibir el accidente favorable. He aquí lo que devuelve al aprendiz el sentimiento de su libertad.

Ayer estábamos de acuerdo en pensar que lo que caracteriza a un gran hombre es la certidumbre que tiene de poder crear el porvenir, distinguiendo también, como dice muy bien Retz, lo extraordinario de lo imposible. Hoy, este último elemento, que hemos perseguido juntos, este residuo último del análisis, este punto crítico del genio, creo que es la certidumbre gemela de poder crearse a sí misma en vista de la obra adivinada.

(Traspasan la verja del jardín). ¿Me abandona usted aquí?

EL TENIENTE: Si me lo permite, daré algunos pasos más con usted. ¡Todo ello es muy importante para mí! A menudo, cuando pienso en los hombres que admiro, me siento descorazonado. En los relatos de los historiadores, en sus propias memorias, en sus retratos, aparecen tan perfectos, dibujados con un contorno tan neto, que comparando este dibujo voluntario con mis penosas búsquedas, desespere de poder acercarme a ellos.

EL FILÓSOFO: Es necesario desconfiar de los malos pintores; fijan lo que es movable.

EL TENIENTE: Pero lo que usted acaba de decir de los elementos humanos del genio, lo que adivino yo también cuando encuentro un verdadero jefe, un rostro humano y unos ojos móviles, me afirma en lo contrario, y ello me devuelve confianza. No es que yo sueñe con grandes acciones; pero no quiero dudar de mi valor y me gusta la imagen del gran hombre tal como la ha evocado usted. Sí, crearse a sí mismo; conocerse como trinchera de partida; conocer este apetito de placer, este amor propio inquieto, este espíritu perezoso; conocerles y rechazarles, reconstruirles lentamente, porque nuestro excedente de voluntad disponible es escaso y no podemos mover más que masas pequeñas; pero saber que la reunión de esfuerzos minúsculos bastará para levantar un día esa morada de la que usted hablaba, saber que un gran poema, como una gran batalla, es una suma de pequeñas decisiones; saber que el accidente vendrá en el momento imprevisto, y que, para estar siempre dispuesto, es necesario, sobre todo, tener buenos reflejos: hacer su trabajo en el punto donde uno se encuentre, con una escuadra si se es cabo, con una compañía si se es capitán; pero en cualquier caso, empezar, obrar. Sí, me gustaría pensar que eso es el genio.

EL FILÓSOFO: Crea, mi querido amigo, que no es otra cosa. Adiós.

(El Filósofo se aleja bruscamente).

Tercer diálogo

Sostenía que la cosa mas necesaria del mundo, eran los caballeros andantes, y que el orden sería restablecido por él.

CERVANTES.

En casa del filósofo, quince días después.

EL FILÓSOFO: ¿Entonces se va usted mañana?

EL TENIENTE: Y me voy sin pesar. Nuestras conversaciones han sido lo mejor de mi estancia. No estoy hecho para esta vida amargada. Entre ustedes, "Rumis", demócratas, burócratas, un Teniente no puede emprender nada. Al cabo de tres meses una circular le arrebata las hombres que acaba de formar. El único camino de acción verdadero es la política: en ella sería desafortunado. En Marruecos se reclutan indígenas, se trazan carreteras, se cavan pozos, se apresan bandidos, se hace reinar el orden, se puede ser un gran "hakem"; eso es agradable.

EL FILÓSOFO: ¿Y les quieren a ustedes?

EL TENIENTE: ¿Nuestros hombres? Sí, si lo merecemos. ¿Los bereberes? Os admiran si sois un guerrero magnífico. ¿Cómo podrían quererlos? La paz que imponéis interrumpe sus placeres y destruye el hermoso equilibrio de una sociedad completamente militar. "¿Cómo piensan ellos- se va a prohibir a los valientes disparar unos contra otros? ¿Cómo podrán entonces las mujeres distinguir a un hombre de mérito? ¿Qué será de los cantores, si no hay nada que cantar ?

EL FILÓSOFO: Pero entonces, querido conquistador, ¿cuál es el objeto de la conquista? La última vez que yo le he visto estaba de ánimo acomodaticio y discutía cortésmente la naturaleza del genio de la acción, sin poner en duda su valor positivo.

Reconocimos que ciertos hombres, grandes soldados, ministros, industriales, son más capaces que los otros de imponer al universo el sello de su voluntad. Lo reconozco todavía. Pero veo que el hombre de guerra asociado a sus empresas deja allí a veces su vida, siempre su libertad y sus ocios. Está permitido preguntarse si tal juego vale la pena. Sus bereberes vivían muy satisfechos en el desorden y el bandidaje. ¿Qué les ha llevado vuestra paz militar? Los hindúes estaban acostumbrados desde siglos a una vida indolente y peligrosa. ¿Qué alegrías reales les ha hecho gustar la comodidad y la Policía británicas? Los tejedores a mano trabajan en familia en sus pueblos normandos o picardos. ¿Ha sido bueno que vuestros industriales hayan construido para ellos tristes cuarteles? Una sociedad de hombres pacíficos y paseantes, ocupados en cuestiones espirituales sobre todo, no esforzándose más que en conseguir el pan, las casas, los vestidos, podría ser muy superior a la América taylorizada. La encantadora Alemania de Mme. de Stäel, donde las pequeñas cortes perezosas se dedicaban por completo al amor y a las letras, era más dichosa y más civilizada que la Alemania mecánica de Stinnes, que la Alemania explosiva de Schlieffen. La agitación no es un valor; la actividad no es una virtud. El orden es un medio, no es un fin. Si el fin verdadero es la felicidad de los hombres, ¿son más felices a causa de vuestros héroes?

EL TENIENTE: Es muy gracioso, mi querido maestro, oírle defender, contra mí, la matanza y el bandidaje. Pero yo no he dicho jamás y no lo creo, que, el fin de los héroes, sea la felicidad de los hombres. El orden no es el fin, dice usted. Es que, justamente para ciertos espíritus, sí que estoy seguro de que es un fin. Volver inteligible lo que era oscuro, abrir grandes avenidas en bosques enmarañados, agrupar esfuerzos divergentes, es un placer y una necesidad. Luis XIV modelaba a Francia un poco análogamente como plantaba Versalles. Ese espíritu que ha dibujado alrededor del Arco del Triunfo, esa linda estrella de avenidas, es el mismo que ha concebido la Universidad, la Legión de Honor y el Consejo de Estado. Hay muchos trazos comunes al artista y al hombre de acción. El uno y el otro, no pudiendo soportar el desorden de la naturaleza, desean imponerle un orden cuyo modelo llevan

en su alma y cuyo espectáculo les encanta. El artista encuentra su satisfacción creando un mundo imaginario, y el hombre de acción transformando al mundo verdadero. En cuanto a mí, no soy más que un niño desgraciado que se divierte con la tierra blanda; pero me gusta modelar el territorio de mi destacamento.

EL FILÓSOFO: Eso explicaría porqué el artista es raramente un hombre de acción. Le es demasiado fácil, a la menor resistencia de la realidad, evadirse a lo imaginario y construir de grado con sus deseos. Medite sobre el caso de d'Annunzio. La firmeza latina de su elocuencia, la gracia aérea de su valor, esa heroica aventura de Fiume, todo hacía esperar un gran conductor de hombres. No fueron sino cohetes admirables y breves. Un político corrido como Giolitti va más lejos que él en la realidad. ¿Por qué? Porque en el verdadero artista el gusto de la acción es intermitente. Irá a bombardear una ciudad, a arengar una multitud romana. Pero estas cosas serán para él cortos paseos en su vida. Tan pronto como las personas de carne se niegan a actuar como el maestro escultor lo desea, vuelve al mundo de los dóciles fantasmas, donde es más poderoso que César. Byron, en el momento de su salida para Grecia, piensa en llegar a ser su rey; pero pronto se cansa de aquellos griegos miserables, tan diferentes de los de Homero. Lamartine suspira con tristeza en cuanto ve su revolución de ángeles invadida por los amotinadores

EL TENIENTE: César era un hombre de letras.

EL FILÓSOFO: Pero de poca imaginación.

EL TENIENTE: ¿No estaba hecho Goethe para ser un gran ministro? "Prefiero una injusticia a un desorden", es una frase digna de Talleyrand.

EL FILÓSOFO: Pero Talleyrand no la hubiese escrito. De hecho, la historia de Goethe, como hombre de acción, es breve. ¿Qué piensa usted, querido soldado, de un ministro de la Guerra que, habiendo obtenido un permiso para visitar Italia, escribe a su Príncipe: "He vuelto a encontrar mi verdadero yo"? Pero, ¿cómo qué? Como artista... Todo eso nos aleja de mi pregunta. Y la repito. ¿Es deseable que el héroe mande? ¿Qué hará para la felicidad del soldado?

EL TENIENTE: Yo habría deseado, mi querido maestro, verle bajo el alto kepis de los soldados que tan bien se batieron en Borny, en Rezonville, en Saint Privat. Quizás no había tenido nunca Francia soldados mejores. Pero estos soldados no tenían Jefe. Bazaine se paseaba por el campo de batalla con un gran valor, desempeñando el papel de un teniente. Ordenaba el tiro de una sección, rectificaba un informe y olvidaba completamente que era responsable de un Ejército. En vano, Ladmirault, Canrobert, le suplicaban que enviase refuerzos y que les dejase conocer sus planes. El Jefe, encerrado en un silencio, quizá un poco maquiavélico, permanecía como espectador de los acontecimientos. De nuestra inacción nacía lentamente la victoria contraria. En esa materia informe del porvenir que dejamos correr sin fijarla, eran ellos los que esculpían su Imperio. Y, sin embargo, si hubo batallas que debieron ser ganadas, fueron aquéllas. Con decir dos palabras: *"en avant"*, los alemanes estaban perdidos. Imagine la revolución que hubiese habido en la historia del mundo. El ejército profesional se convertía, al fin, sin esfuerzo, en la nación armada. El mundo entero renunciaba a esta idea nómada y grosera. La demagogia retrocedía; la Gran Guerra hubiese sido evitada. Pero Bazaine era un vulgar conspirador y no un jefe militar; la fuerza de todos estaba anulada por la nulidad del general. El 10 de agosto, Bonaparte se preguntaba compadecido por qué no había allí nadie que mandara a aquellos pobres suizos:

"Habrían vencido si hubiesen tenido a alguien", y hasta un solo hombre hubiera transformado el mundo ¿No cree usted que los soldados de *Rennenkampf*, acorralados en los pantanos de Mazuria, habrían aclamado a un verdadero Jefe? Cuando mataron a Turena, sus lugartenientes discutieron mucho tiempo sin decidir nada, hasta que los soldados gritaron: "Soltad a La Pie; él nos conducirá". Era el caballo que el Mariscal montaba de ordinario. Por esta época un campesino de la Champagne fue a rogar a su señor que rompiese el arrendamiento de su finca, diciéndole por toda razón: "El gran Turena ha muerto".

Los hombres (de tropa o de oficio) tienen necesidad para vivir de un mínimo de seguridad. Cuando han hecho de sus asuntos un embrollo tal que no pueden comer, ni dormir, ni sacar adelante a sus hijos, entonces, con grandes gritos, llaman al Creador del Orden, al Maestro Hechicero. Nuestro amigo el industrial me ha descrito a me-

nudo la actitud de sus obreros en tiempos de crisis. En los de prosperidad, el obrero envidia a su patrón y desea pasarse sin él; es natural. El trabajo es abundante, los beneficios fáciles, el jefe superfluo. Viene el paro; el cuadro cambia; sólo los jefes previsores y rectos pueden todavía sostener su personal; éste se vuelve hacia ellos con ansiedad. Cuando una nación atacada está amenazada de ser sumergida, ya sea comunista, socialista o pacifista, da al jefe militar licencia completa contra la libertad. "Paul-Emile declaró que, elegido por necesidad, no tenía obligaciones con nadie y exigió que el pueblo no se mezclase en la guerra".

En 1918, en una sección nuestra, todos los oficiales y clases habían muerto y el mando pasó a un soldado. En un discurso que improvisó, quiso explicar a sus hombres que ellos serían siempre para él camaradas, que su proceder no tendría nada de absoluto, que la sección sería una república: "Anda, déjanos en paz: manda" -le respondieron-. Cuando los sedentarios marroquíes son despojados por los nómadas de su ganado y de sus mujeres, son completamente felices al ver avanzar el orden francés. Se vuelve a maldecir al Santo cuando el peligro ha pasado. ¿No cree usted que, a la vuelta de Egipto, era legítimo para un francés amante de su país (e incluso monárquico) recibir a Bonaparte "como salvador"? Pero más en estos tiempos, ¿por qué Mussolini tomó el Poder sin encontrar resistencia? Porque la ausencia de gobierno había recordado a todos las ventajas de un Gobierno fuerte. Fue suficiente haber visto la Italia de Nitti, la anarquía en la calle, el robo organizado, el salvajismo de las calceteras de Milán, aquel joven ahorcado en el puente de Florencia, al que los amotinados cortaron las manos. He ahí lo que es preciso no olvidar cuando nos asombramos de ver al pueblo italiano soportar las violencias fascistas. El sofisma consiste en juzgar las acciones en tiempo de crisis. Por otra parte, si Mussolini se mostrase incapaz de mandar a sus partidarios y de imponer un orden, un nuevo salvador surgiría. Todo eso es legítimo. En un teatro ardiendo, si los espectadores se apretujan hacia las salidas, la catástrofe no tendrá límites. Si un hombre de voluntad firme, de voz fuerte y gran valor da órdenes y disciplina a la avalancha, es posible que los espectadores salgan vivos de la aventura. Respondo a su pregunta. ¿Qué es lo que el gran hombre da al soldado? Le da este orden en el peligro, sin el cual la tropa está perdida.

EL FILÓSOFO: He aquí una vigorosa exposición. Pero yo soy mal auditorio... Es preciso un jefe fuerte en un teatro incendiado, en un navío que se pierde, en una nación en peligro. No tengo nada que decir sobre esto y le concedo con mucho gusto. Pero estimo dos observaciones muy importantes que añadir. Numerémoslas, según mi costumbre: es lo más a propósito para agradecer a un militar.

Primero. No nos pasamos la vida en teatros ardiendo o en navíos en peligro. Gracias a Dios, vivimos en paz. La seguridad de un francés que se pasea por las grandes carreteras en el año 1923 está, sin duda, más asegurada como jamás lo estuvo ser humano. Tales parecen ser los frutos de la libertad política, porque esta seguridad le hubiera parecido increíble a un hombre del último siglo. Parece que la gente de este país, con una firmeza notable, exige de sus hombres públicos una especie de actitud deportiva con respecto al enemigo. Desde que sobrepasan este "límite de tacto", sus mismos amigos se asombran y la masa de indecisos, desplazándose algunos pasos, hace inclinarse el barco del otro lado. ¿Por qué habríamos de aceptar en un estado tan pacífico y favorable una disciplina que no es útil más que en circunstancias extraordinarias? No somos tribus agrícolas expuestas al pillaje de los nómadas. ¿Que hasta qué punto debe dictar su ejemplo nuestra conducta? No somos franceses del Directorio. ¿Porqué desear la vuelta de Egipto? No somos una sección en combate. ¿Por qué buscar los grados?

Segundo. ¿No cree usted que sus hombres de acción crean muy a menudo peligros para los cuales buscan en seguida remedio? Sus grandes industriales son necesarios para dirigir las inmensas fábricas; pero, ¿hacían falta esas inmensas fábricas? Un buen general hacía falta para la buena evacuación de Gallípoli; pero, ¿qué fuimos a hacer a esa península? Los soldados rusos, acorralados en los pantanos de Mazuria, ¿habrían aceptado de buen grado un jefe? Ciertamente, pero, ¿no habrían aclamado todavía con mayor entusiasmo a un Gobierno lo bastante razonable para haberles dejado en sus *isbas*, a quinientas leguas de la Mazuria?

El hombre cuya utilidad no aparece más que en los apuros de los otros se encuentra naturalmente inclinado a suscitar obstáculos. Yo no quiero decir de una manera absoluta que, a sabiendas, un partido militar trate de hacer la guerra con la esperanza del ascenso y de las medallas. Piense, no obstante, que incluso esto es perfectamente concebible. Cada uno de nosotros es un pequeño monstruo, y si hubiera

mandado una sección, no hay duda de que yo también habría querido tener mi pequeño ataque. Pero demos más crédito a la naturaleza humana: hablamos en este momento de superhombres y debemos suponerles sin bajas pasiones. (*Inconscientemente*). Como Agamenón y Ulises, organizaron aquel estado de cosas favorables para su actividad normal y tan temible para los aqueos y troyanos. Un jefe militar pedirá siempre un ejército numeroso y bien equipado. Por su sola presencia, éste adquirirá un valor en su actitud tirante que lleva derecho a la guerra. Sobre todo hay que tener en cuenta la actividad del juego, tan necesaria a todos los hombres, y que les impele a buscar la lucha, no por odio o por crueldad, sino por necesidad de animar su vida. Es ella la que hace jugar al alza y a la baja a los financieros millonarios que no tienen necesidad de nada, y tampoco ningún deseo de ganar. Es ella la que hace desear a un buen soldado los ejercicios mortíferos y reales. Los mismos filósofos no podrían vivir sin guerras ásperas y encarnizadas, de las cuales es sujeto una teoría muy oscura. Pero éstas son luchas de palabras que no hacen daño a los espectadores. Los militares son más peligrosos, porque nosotros somos los peones de sus tableros de ajedrez.

Si la idea le choca, trasládela a un mundo al que esté menos fuertemente ligado. Pregunte a su amigo el industrial si desea encontrar un verdadero jefe a la cabeza de los sindicatos obreros; le responderá que el agitador profesional es un ser perjudicial, que inventa agravios cuando no los puede encontrar de verdad; en fin, que tiene necesidad de su huelga anual para justificar su presencia. Todo eso es cierto, pero no es menos cierta la existencia de un hombre de puño de acero en todo oficio; por eso es por lo que me gusta poner en el Poder a la medianía de las cabezas corrientes. No tiene que mantener su prestigio, ya que nunca lo tuvo.

EL TENIENTE: (*Después de un breve silencio*). He visto avanzar contra mis posiciones dos ataques convergentes. Permítame fijarlos para esbozar mejor mis contraataques.

- a) Los hombres no son siempre pasajeros de un barco en peligro.
- b) Los peligros, cuando existen, son obra a menudo del mismo piloto.

Sobre el primer punto siento no poder ceder ni un palmo de terreno. Hay ciertamente en la Historia períodos de equilibrio y de tregua; pero no estoy de acuerdo en clasificar con usted la época actual entre

esas treguas tan raras. La seguridad de que usted habla es real, pero frágil; algunos años de gobierno débil bastarían para ponerla en peligro, destruyendo la disciplina social sobre la cual se fundamenta. Ahora más que nunca necesitamos los Jefes. Problemas como el de la moneda, el de las deudas entre naciones, el de la seguridad de Europa, exigen grandes espíritus. Cada pueblo tiene buenos argumentos; en el plano de la lógica y del Derecho se puede discutir eternamente; es necesario cortar. Es necesario, pues, en cada país, un hombre que sepa decir: "Decisión", y agregar en seguida: "Ejecución". Créame usted, mi querido maestro, yo no pido y no deseo que este hombre sea un soldado. Pero pido que tenga el *espíritu militar*, es decir, el valor de *elegir* y el valor de *mandar*.

Voy a ocuparme del segundo grupo. Algunos de mis hombres de acción son, según usted, la causa de los males, de los que son en seguida remedio. Me pregunta usted: "¿Tendríamos grandes guerras si no tuviésemos grandes Generales?". Le confieso que la pregunta me asombra hasta el estupor. ¿Dónde ve usted en la Historia que las guerras hayan sido provocadas por los militares? Las guerras son declaradas por gobiernos sostenidos por la "Opinión pública". De hecho, el verdadero militar ignora a menudo las causas de la guerra y no se interesa por ellas. Se le dice: "Ha llegado el momento", y aplica lo que ha aprendido... ¿Es feliz al batirse? ¿Es que el electricista es feliz cuando se produce un cortocircuito? Lo repara silbando y procura pensar en otra cosa. El joven oficial, sin familia tal vez, se divierte un poco al principio de la campaña; pero créame usted que bien pronto no tarda en querer descalzarse, ver el fondo de la cantina y gozar de los placeres de la vida.

El oficio debilita la novedad y decolora el entusiasmo. Durante la guerra, lo que nos extrañaba a nosotros, oficiales de carrera, cuando veíamos a nuestros compañeros de la reserva, era lo belicosos que eran. Siempre estaban preparando algo. No contentos con combatir al enemigo, se combatían entre sí, de compañía a compañía. Nosotros, los de activo, éramos más tranquilos. Nos decíamos: ¿Pero qué les pasa? ¿Es el demonio el que los vuelve así? Y acabábamos por pensar: "Al fin de cuentas, en lo civil siempre hay guerra".

EL FILÓSOFO: Yo le hablo de Generales que hacen una guerra cómoda; usted me responde con ideas de Teniente, que ha de arrastrarse por el lodo. No sé si a los bomberos les gustan los incendios; mucho lo

temo. Pero el jefe de bomberos seguramente encuentra en ellos un vivo placer. El resplandor ilumina su triunfo, y Ministros y Prefectos se ponen a sus órdenes; esta partida siempre ganada es un bonito juego. El Jefe debe amar la guerra; sería un santo si no la amase. Incluso sin hablar de gloria, la guerra le libera de sí mismo y de otros. Saint-Simon nos cuenta que, habiendo sido reprendido Louvois por Luis XIV, con motivo de haber ejecutado mal una ventana, dijo que le suscitaría una guerra tal, que haría que tuviese necesidad de él y dejara allí la paleta. Se tomó poco tiempo para mantener su palabra. Encendió la guerra por un asunto de elección en Colonia, la hizo realidad su último esfuerzo por convertirla en general, y si hubiera podido, en eterna, desesperando con ella al Duque de Saboya. Hizo todo esto por una ventana demasiado alta y un amor propio herido. Vea en lo que puede parar la tranquilidad del soldado.

EL TENIENTE: ¿Puedo decir tres frases? Jamás, que yo sepa, un capitán de bomberos ha sido detenido por incendiario. Saint Simon era un miserable y Louvois no era un General.

EL FILÓSOFO: Yo le citaré, pues, Generales: ¿Ha aconsejado Ludendorff a su Emperador que hiciera la paz? ¿No está ahora a la cabeza de los partidarios alemanes del desquite? ¿Se mostró Napoleón capaz de renunciar a su pasatiempo favorito? No estoy del todo seguro de que comprendiese la idea de paz. "Entre naciones -decía- no existe la paz, no hay más que treguas".

EL TENIENTE: ¡Ah!, es que está usted citando justamente hombres a los que les faltan algunos trazos para ser grandes hombres por completo. Había algo de filósofo en Napoleón, pero no lo suficiente. Quiso aquel pesado manto de armiño, aquella corona, aquel trono. Debilidades. Se ve claramente en las *Memorias* del Conde Molé, donde se tambaleaba el coloso: "Jamás sabría discernir el punto en que se detenía lo posible". ¿No es curioso encontrar aquí una de las conclusiones de nuestra primera entrevista?

En cuanto a Ludendorff, la aventura bávara prueba que el hombre no es completo. Se lanzó a ella como un niño, sin preparación, sin dignidad. Soy más exigente para mis héroes. Quiero que, resignados a tomar el Poder cuando sus servicios son necesarios, lo abandonen sin pena cuando juzgan que ya no son útiles. Yo quiero que estén dis-

puestos en el orden restablecido a aceptar una intervención razonable, igual que en el peligro fueron capaces de tomar solos las responsabilidades.

De hecho, esta actitud es la de los grandes soldados de todos los tiempos. Serenos y tímidos, atrevidos y modestos, inhumanos y buenos, así es como aparecen si usted los juzga sin prejuicios. Los lazos que les retienen han sido hilados desde el principio de la Historia por las diosas del hogar y de la ciudad. Ligaduras sutiles, singularmente fuertes, sin embargo, aunque invisibles casi, que fijan este tipo sorprendente del General de la República respetuoso del menos importante de los diputados, del General romano que no combate sin el socorro de los adivinos, del hombre de guerra, en fin, que hace temblar a sus regimientos y tiembla delante de su mujer. Mi respuesta a su argumento sacado de la vida obrera será la misma. Verdad que al industrial no le gustará ver a la cabeza de sus obreros un ambicioso enredador y perverso que considere la huelga y el motín como un medio al servicio de su carrera política o sindicalista. ¿Pero cree usted que no quedaría contento al ver ese puesto confiado a algún espíritu elevado, modesto y justo, buscando ciertamente obtener para los suyos todo lo que le parezca posible, capaz, sin embargo, de comprender las necesidades de la industria? La verdad es que no basta llevar corona para ser un buen rey, y que no conviene dar el hermoso nombre de Jefe a los que usurpan el título sin tener tal carácter.

EL FILÓSOFO: ¿Pero se puede llevar a la vez el título y conservar el carácter? ¿Puede un hombre continuar siendo prudente después de haber tenido el poder absoluto? Es el mito del buen tirano; pero no hay buenos tiranos. Cuando dudo al juzgar a un hombre, me pregunto: "¿Qué haría si fuese emperador romano?" Y en seguida veo surgir a los Nerones, Calígulas y Domicianos.

EL TENIENTE: Pero también los Galbas y los Marco Aurelios. Puede que acaso tenga demasiada confianza en mí, pero aceptaría la experiencia. Estoy seguro de no ser Nerón.

EL FILÓSOFO: (*Moviendo la cabeza*). El joven Bonaparte habría dicho otro tanto. Era alguien el joven Bonaparte; leía a Plutarco con emoción, tenía buenos sentimientos y virtud. Usted acaba de reconocer lo que hizo de él el poder absoluto. ¿No sería usted Nerón? Lo deseo,

lo creo. No sería usted ni usted mismo. Alrededor de un hombre poderoso se monta en seguida, a pesar suyo, el mecanismo de las pasiones. Las mujeres se encargarán de corromperle. El Jefe pierde contacto con esa realidad a la cual usted quería verle obligado. No hace nada por sí mismo. Habla, escribe, y en la práctica de estas acciones fáciles, olvida, si es que alguna vez las ha conocido, las duras realidades de la materia. En cuanto a la retirada voluntaria, veo pocos ejemplos, desde Cincinato, y eso no me sorprende. ¿Cómo pensará el amo en el descanso? Aun cuando no sea ambicioso, se cree necesario para la felicidad de los pueblos. "¿Qué haremos -dice el Estado Mayor- el día que no estéis aquí? Así es -dice el gran Jefe-. ¿Qué haréis sin mi? Piense en ello no sin ansiedad".

EL TENIENTE: Me parece, mi querido maestro, que usted peca aquí por ese fatalismo que hemos condenado juntos anteriormente. Usted habla de mecanismo necesario, de naturaleza humana, siempre semejante a sí misma. La naturaleza humana, ¿no es lo que el hombre quiere que sea? No hay duda que es muy humano apeгarse al Poder. Pero es también humano obligarse a renunciar a él, preferir la paz de su país e igualmente la satisfacción interior a la gloria personal. Puedo ponerle diez ejemplos más modernos que Cincinato. ¿Conoce usted un poco la vida del Mariscal Bugeaud?

EL FILÓSOFO: No, fuera de Abdel-Kader, la gorra y el fragmento de discurso que me ha leído el otro día.

EL TENIENTE: ¡Pues aquí está! Después de Waterlóo, Bugeaud, joven y brillante Coronel, es licenciado por el gobierno real y cree terminada su carrera. Entra en el círculo de su familia, se despoja del uniforme y, valerosamente, se hace granjero. Encuentra un llano en el Perigord sembrado de brezos polvorientos, terrenos como abrasados por el fuego, una pradera pantanosa y caminos surcados de baches. "Bueno -dice-, mi tiempo ha pasado; mis pequeños conocimientos de Infantería serán en adelante inútiles. Sin embargo, me queda un mando: quinientos borregos, veinte vacas y tres criados. Aún es un bonito batallón".

En quince años coloniza este país y se hace querer de los campesinos; no se ven más que espléndidos trigos, cortijos confortables, gentes bien vestidas, caminos practicables, y todo ello es obra de Bu-

geaud. Llega la revolución de julio. Le nombran diputado y, al mismo tiempo, General. Y la política pacífica de Luis Felipe no tiene más sólido sostén que este soldado.

(Al llegar aquí, el Teniente pone su cuaderno sobre la chimenea del Filósofo, y lo hojea rápidamente). En 1831, cuando los periódicos desean la guerra con Europa: "Aunque la nación quiera la guerra - escribe Bugeaud-, ello no debe hacer decidirse al Gobierno, porque las masas razonan en estas cosas como un ciego con los colores. ¡Qué de gastos! ¡Qué de pérdidas! ¡Cuántas desgracias! Las ventajas se comprarían muy caras. Claro que yo no tengo más que ganar la guerra; moriré o avanzaré; y, sin embargo, yo no la deseo, porque temo sobre todo la guerra civil y la anarquía republicana". Y en 1840, en el momento en que se trata de pelear contra Inglaterra para provecho de Mehemet-Ali: "Señores -dice en la Cámara-, no se debe arrastrar al país a una inmensa lucha más que por motivos inmensos. El honor de las naciones no se parece al de los individuos". En Argelia, en cuanto ve una posibilidad de tratar, lo hace. "He sacrificado la certeza de un éxito a lo que me ha parecido ser los verdaderos intereses del país". "Es menos brillante, pero es más serio. No me será grato, lo preveo, y en eso es en lo que quizá haya algún mérito al haberlo hecho".

He ahí la conducta del más grande de los Generales franceses del siglo XIX. Y veo que he anotado en mi cuaderno, inmediatamente después, un viejo texto, que, en efecto, viene muy bien para Bugeaud. Está sacado de un *Tratado de la guerra en general, por un Oficial distinguido al servicio del Rey cristianísimo*. "Es necesario que un General tenga tales caracteres, los cuales, contentos de sí mismos, tienen por debajo de ellos todos esos bienes y grandezas que hacen la felicidad de las almas bajas; que cuando les llegue lo que se llama desgracia en el mundo vulgar, siempre sea el mismo, y tan contento en la adversidad como en la prosperidad, que sepa vivir en un rincón del mundo con mil escudos de renta, lo mismo que con cien mil, haciendo constar sus riquezas y su fortuna con la sola satisfacción de haber mandado los ejércitos con dignidad". Sobre estos principios es sobre los cuales es preciso cimentar un General. Sobre estos principios me parece que fueron "cimentados" los mejores Generales de esta guerra. Fayolle cultiva sus rosas, Pétain sus viñas, y Joffre, cuando se le pide que represente a la Academia en el aniversario del Marne, dice: "¿Cómo? ¿Es que va a volver a empezar esto todos los años?. El

verdadero hombre no se humilla en hacer una corte senil a la Gloria. Usted dice que los aduladores le corrompen; pero, si es grande, le aburren. "Eso de la Gloria debe ser delicioso -decía uno de ellos a Wellington-. Si -respondió el Duque-, permite que me cepille yo mismo mis trajes sin que nadie lo encuentre ridículo".

Fíjese: He visto llegar el otro día a Joffre a los Inválidos. Iba a pie y de paisano. Cerró su paraguas con muchas precauciones para no mojarse sus zapatos limpiísimos. Después se metió por los pasillos. Apenas si los vigilantes se apartaron para dejarle pasar. Aquello me molestó. Tuve el deseo de correr delante de él gritando: "¡Paso al Mariscal!".

Si me responde que el desinterés de un Bugeaud, la modestia de un Joffre, son virtudes raras, seré de su parecer; son tan raras como el verdadero Jefe; pero se encuentran siempre en él. Precisamente por poseerlas es por lo que ha llegado a ser lo que es. Una justicia casi mecánica recompensa la verdadera Grandeza, incluso en los asuntos de este mundo. Los cuáqueros prohíben a los fieles de esa sociedad obtener grandes beneficios. Esta severidad hizo su fortuna.

EL FILÓSOFO: He ahí un optimismo encantador y un lindo motivo para un hermoso techo alegórico para la Cámara de Comercio de Nueva York: "La Virtud conduciendo a la Fortuna hacia la casa del Hombre de Bien". Platón, igual que usted, dice que los más justos son, en realidad, los más fuertes, porque la justicia y el orden son las únicas fuerzas verdaderas. Y no hay duda de que tienen razón Platón y usted si se colocan desde el punto de vista del Espectador Eterno, del historiador que cien años después de la muerte de uno de sus héroes decide tranquilamente sobre su verdadera suerte o sobre la fragilidad de su obra. Entonces usted ve cómo las faltas terminan por engendrar su castigo, que un gobierno brutal sucumbe, que una institución no sobrevive mucho tiempo después que ha cesado de ser útil. Pero el éxito injusto puede durar quince años, una vida entera, y durante estos períodos cortos para la Eternidad, pero largos para quien los ha vivido, las Naciones han sido gobernadas por hombres indignos, o crueles. Federico el Grande era un villano, miserable, avaro, mezquino. Pero fundó un gran reino. ¿Ciertos hombres han triunfado en los negocios por la bondad de su carácter? Es posible, pero no sostendrá que todos los multimillonarios sean santos. ¿La grandeza de un Turena, de un Gallieni, une un equipo a sus jefes? La corrupción produce el mismo

efecto que el terror y los crímenes comunes. Napoleón distribuía dotaciones de coronas y medallas. Esté seguro de que no se le quería menos por eso. Entre los grandes conductores de hombres hay de todo: canalla y nobleza. Apelo a usted mismo. ¿No le gustan los hombres de la Revolución? ¿Negará usted su poder sobre el espíritu de los franceses?

EL TENIENTE: Poder sin duración. Desde Thermidor, París estaba asqueado por la locura de la Montaña. Los obreros del barrio Antoine cerraban sus postigos cuando pasaban las carretas, y después de cuarenta años de República no hay en París calle Robespierre, ni siquiera un callejón.

EL FILÓSOFO: Usted detesta a las gentes de la Revolución rusa, pero parece que están sólidamente instalados. A los temores que me inspira el individuo poderoso, usted me ha respondido de manera tranquilizadora que no es peligroso porque es perfecto. Usted le atribuye con mucha veracidad el carácter del artista, pero en el artista, muy a menudo, la pasión de la obra engendra el egoísmo e incluso una especie de crueldad. Rossetti sacrifica su mujer a sus poemas. Bonaparte, sus soldados a su sistema; Lenin, Rusia a Karl Marx. Esta ferocidad no carece de grandeza. Pero el soldado prefiere la tercera República.

EL TENIENTE: ¿No existe entre nosotros algún equívoco, mi querido maestro? Yo no puedo creer que usted pretenda confundir la autoridad con la tiranía. Verdaderamente, después de esta larga discusión, cuyas corrientes nos han desviado algunas veces de nuestro camino, siento la necesidad de poner punto a ello. He aquí mis coordenadas:

Creo que para cualquier empresa que exija la acción colectiva de los hombres, es necesario que éstos acepten someter sus movimientos particulares a la voluntad única del Jefe. Sin él, discursos, discusiones y conflictos hacen el tiempo irreparable, la ocasión se aleja y la más sólida fortuna se desliza rápidamente al abismo de las Cosas No Hechas.

Con respecto a este Jefe, personaje indispensable al que las mismas democracias no pueden evitar recurrir, dos actitudes son posibles: la lealtad y la desconfianza. Sólo la primera me parece constructiva y generosa. Sobre la manera de elegir al Jefe tengo, naturalmente, mis ideas, que algún día le expondré. Pero es tal mi horror por la anar-

quía, que estoy siempre dispuesto a dar mi confianza al Jefe de hecho y a sostenerle mientras no haya demostrado por la inacción, por la cobardía o la crueldad, que es indigno de mandar.

Que, por otra parte, el Mando debe estar fuera de su propia acción, sometido a las leyes, a una Constitución, estoy completamente de acuerdo. Lo que sostengo es que una Asamblea, excelente para vigilar, es siempre impropia para obrar, que el secreto de la derrota es el mando dividido, y que un grupo no puede mandar nada. No olvide que sin algunos individuos elegidos, la Tercera República no hay duda que sería ahora vasalla del Imperio Alemán, o Polonia, al ser vencida, la esclava de los guardias de Lenin. No pido que dé su confianza al hombre de acción, sin críticas y sin vigilancia. Pido que no tenga para él una desconfianza *a priori* y una injusta ingratitud. La ausencia de respeto, el horror de toda Jerarquía, son sentimientos nuevos y detestables. En los tiempos caballerescos los hombres amaban a sus Jefes. Los griegos de la Ilíada respetaban a Aquiles. Los griegos de la decadencia no hablaban más que de libertad. Usted cita a cada momento a Platón... Hay en la "República" un discurso admirable... Sin duda lo sabe de memoria, pero yo querría volverlo a leer para mi placer. Es aquél en que se explica cómo la democracia puede conducir a la tiranía.

EL FILÓSOFO: (*Yendo a su biblioteca*). Espere; si, es el tomo VIII... Aquí está... "¿No es este amor por la libertad llevado al exceso y acompañado de una indiferencia extrema para todo lo demás el que, al fin, pierde a este Gobierno y hace la tiranía necesaria?" (*Le tiende el libro al Teniente, señalándole la página*).

EL TENIENTE: (*Continuando*). "Cuando un Estado democrático, devorado por una ardiente sed de libertad, es gobernado por malos coperos que se la sirven completamente pura y se la hacen beber hasta la embriaguez, entonces, si los gobernantes no llevan su complacencia hasta darle tanta libertad como quiere, les acusa y les castiga con el pretexto de que son traidores que aspiran a la oligarquía. Trata con el mayor desprecio a los que tienen todavía respeto y sumisión a los magistrados; les reprocha que no son nadie, sino esclavos voluntarios... ¿Puede ser que, en un Estado semejante, la libertad no llegue a todos? El espíritu de libertad penetra en el interior de las familias, los padres se acostumbran a tratar a sus hijos como a sus iguales, e incluso a

temerles; los hijos se igualan con sus padres y no tienen por ellos ni temor ni respeto. Penetra en la educación; los maestros temen y se guardan de sus discípulos y éstos se mofan de sus maestros y sus directores. Llega a las relaciones entre marido y mujer y de mujer y esposo. Se extiende, en verdad, hasta los mismos animales. Los caballos y los asnos, acostumbrados a marchar con la cabeza levantada y sin molestar, atropellan todo lo que encuentran si no se les cede el paso".

EL FILÓSOFO: ¡Oh! Yo sé bien que Platón era un hombre como usted; pero la existencia misma de su texto le hace ver que el deseo de la igualdad no es, como usted decía, una enfermedad moderna. Los griegos de Homero murmuraban como buenos veteranos, y después del fracaso de una ofensiva hablaban de refugiarse en sus numerosas naos. La plebe romana hacía cada veinte años su pequeño motín contra los patricios.

El fenómeno aparecía y desaparecía siguiendo un ritmo bastante regular. Una clase dirigente se constituye por los servicios que presta, bien porque combate por los otros, bien porque dirige sus trabajos. Es obedecida y respetada porque es indispensable. El estado de equilibrio así logrado necesariamente se rompe en principio (y en esto tiene usted razón), porque la clase gobernada olvida que la paz que disfruta es obra de la clase gobernante; después, porque la misma aristocracia olvida en algunas generaciones que sus privilegios no han sido más que la recompensa a sus servicios. Pretende conservar los unos sin tener que rendir los otros. La gran nobleza terrateniente francesa, compuesta al principio por guerreros, fue en seguida formada por propietarios residentes, buenos administradores y, como tal, respetados. Cuando se fue a vivir a Versalles se produce la Revolución. El gran industrial fundador de fábricas, inventor y creador, es raramente detestado por sus obreros. Su nieto ya vive en París, y pierde este contacto humano que solamente da la permanencia en el lugar. Entre los antiguos, la costumbre exigía que el Jefe fuera sacrificado cuando se volvía demasiado viejo para conducir la tribu a la guerra. Esto se hacía con una gran ceremonia y bajo pretextos religiosos; pero el objeto real era práctico. Hoy no es la edad de un hombre lo que hace necesario el sacrificio, porque la fuerza física no tiene ya valor político. Es la antigüedad de una clase, de una raza, la que obliga a sus

componentes a coronarla con cintas sagradas y a conducirla con cantos convencionales hacia el altar de piedra o a la Tcheka.

EL TENIENTE: Nada más justo; pero el sacrificio del Jefe tiene por objeto colocar en el Poder un Jefe más joven, más absoluto, más duro, y no a su mediocridad multicéfala.

Un día, en Marruecos, al reemplazar a un capitán muerto en combate, y al que sus hombres querían, di mi primera orden a un jinete berebere mozo. Me miró mucho tiempo; luego, sin obedecer, sin moverse, respondió: "Mi Capitán ha muerto". Hay momentos en los que todo un país piensa y dice: "Mi Capitán ha muerto". No es signo de indisciplina. Recojo de su discurso que una aristocracia debe, para durar, asegurar la permanencia de las cualidades que la han hecho elegir. No hay razón para que el nieto sea menos estimado por sus soldados, por sus obreros, que el abuelo. Conozco un poco las últimas promociones de Saint Cyr, de la Politécnica, de la Central. En ellas encuentro caracteres que me agradan. Estos jóvenes temen más que a todo al énfasis en la expresión de los sentimientos; por horror a la pedantería muchos se entregan a la frivolidad; pero bajo esta sequedad aparente se adivina el ardor contenido. A veces, cuando pienso en estas cosas, quisiera ver a esta juventud elegida, unida como en una especie de caballería imponiéndose votos, trabajos, leyes más severas que las del vulgo. Sobre estos principios es sobre lo que haría falta *establecer* una selección. Entonces el soldado, tranquilizado, reconocería a los verdaderos Jefes. (*Mira su reloj y se levanta de un salto*).

EL FILÓSOFO: (*Que desde hace algunos instantes mira con atención aquel rostro joven y fino*). "Un espíritu en el que es innato el amor a todas las elegancias no puede complacerse en un sistema que las destruye todas". Usted es aristócrata como yo soy radical, por temperamento y gusto; eso no tiene remedio, y por otro lado, es preciso que haya de todo en el mundo. Espero no verle jamás cubierto con el casco de hierro y dispuesto para la carga desde lo alto de la barricada, adonde me habrán conducido mis pasiones políticas de por sí tan ardientes. Yo haría, de seguro, quitar los fusiles.

EL TENIENTE: (*Medio alegre, medio en serio*). ¡Qué joven sigue siendo, mi querido maestro!

EL FILÓSOFO: Sí, aunque desde algunos años tenga a veces que arrastrar mi pierna. Coquetaría de viejo soldado; pero el corazón siempre se halla firme.

EL TENIENTE: (*De pie, cerca de la chimenea*). Estoy contento de haberle vuelto a ver. Usted trastorna un poco mis ideas, pero consigo rehacer la línea. Queda un poco menos rígida; tanto mejor, porque es necesario flexibilidad en todo. (*Toma su gorra, sus guantes, duda como si sintiera partir, y va lentamente hacia la ventana*). ¡Qué hermosa es esta ola de techos que sube al asalto de su habitación! Dentro de algunos días el sol se pondrá en un cielo de un verde admirable. Una bandada de blancos ibis atravesará la llanura por encima de los jardines de los sultanes. Veré Marruecos, sus muros rosas, las terrazas. Y enseguida, la pista se dirige hacia el sur. (*Se aleja de la ventana, mira a su maestro con una sonrisa y le tiende la mano*).

EL FILÓSOFO: (*Con un matiz de interrogación*). ¿Adiós?

EL TENIENTE: (*Con un tono de alegre afirmación*). Adiós.